

# CATALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

## DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Batalla de Lepanto.  
Frutos amargos.  
El Monarca cenobita.  
Miguel el esclavo.  
Soberbia y humildad.  
Cid Rodrigo de Vivar.  
La India.  
Vida por honra.  
Madrid por dentro.  
Entre el cielo y la tierra.  
Susana.  
La duda.  
Los hijos de la noche.  
El Capitan Pacheco.  
Hamlet.  
Don Alvaro de Luna.  
El triunfo del pueblo libre.  
Napoleon en España.  
Kuser ó los bandos de Hordaland.  
La Torre del Duero.  
Magdalena.  
La Pasion.  
El hijo del ciego.  
El Castillo de Balsain.  
Los contrabandistas del Pirineo.  
El Puente de Luchana.  
¡Creo en Dios!  
¡Las jornadas de Julio!  
Pedro Navarro.  
Don Rafael del Riego.  
La niña del mostrador.  
La mano de Dios.  
Remismunda.  
¡Redencion!  
Roja.  
Mujer y madre.  
El curioso o impertinente.  
La Aventurera.  
La Pastora de los Alpes.  
Felipe el Prudente.  
Dios, mi brazo y mi derecho.  
El Fénix de los ingenios.  
Ricardo III.

Caridad y recompensa.  
El donativo del diablo.  
La hija de las flores.  
El valor de la mujer.  
La fuerza de voluntad.  
La máscara del crimen.  
La estrella de las montañas.  
La ley de raza.  
Sancho Ortiz de las Roelas.  
Andrés Chenier.  
Adriapa.  
La ley de represalias.  
El ramo de rosas.  
Caibar, *drama bardo*.  
El Trovador, *refundido*.  
Cristobal Colon.  
Un hombre de Estado.  
El primer Giron.  
El tesoro del Rey.  
El lirio entre zarzas.  
Isabel la Católica.  
Antonio de Leiva.  
La Reina Sara.  
Últimas horas de un Rey.  
Don Francisco de Quevedo.  
Juan Bravo el Comunero.  
Diego Corrientes.  
El bufon del Rey.  
Un voto y una venganza.  
Bernardo de Saldaña.  
El Cardenal y el Ministro.  
Nobleza republicana.  
Doña Juana la Loca.  
El hijo del diablo.  
Sara.  
García de Paredes.  
Boabdil el Chico.  
El fuego del cielo.  
Un juramento.  
El dos de Mayo.  
Robertq el Normando.

## COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.

El hijo natural.  
El dinero y la opinion.  
Un hombre importante.  
Quien más mira ménos ve.  
La escala de la vida.  
Unos llevan la fama.  
Las Indias en la Corte.  
¡Mejor es creer!  
Los órganos de Móstoles.  
La escuela de los ministros.  
El fondo y la corteza.  
El tesoro del diablo.  
La flor de la maravilla.  
El agua mansa.  
Un infierno ó la casa de huéspedes.  
El duro y el millon.  
El oro y el oropel.  
El médico de cámara.  
Un loco hace ciento.  
La tierra de promision.  
La cabra tira al monte.  
Sullivan.  
El peluquero de Su Alteza.  
La consola y el espejo.  
El rábano por las hojas.  
Tres al saco...  
Un inglés y un vizcaino.  
A Zaragoza por locos.  
Los presupuestos.  
La Condesa de Egmont.  
La escuela del matrimonio.  
Mercadet.  
Una aventura de Richelieu.  
Deudas de honor y amistad.  
Merecer para alcanzar.  
Para vencer, querer.  
Los millonarios.  
Los cuentos de la Reina Navarra.  
El hermano mayor.  
Los dos Guzmanes.  
Jugar por tabla.  
Juegos prohibidos.  
Un clavo saca otro clavo.  
El marido duende.  
El remedio del fastidio.  
El lunar de la marquesa.  
La pension de Venturita.  
¿Quién es ella?

R. 52.755

# EL ORO Y EL OROPEL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**DON JUAN DE ARIZA.**

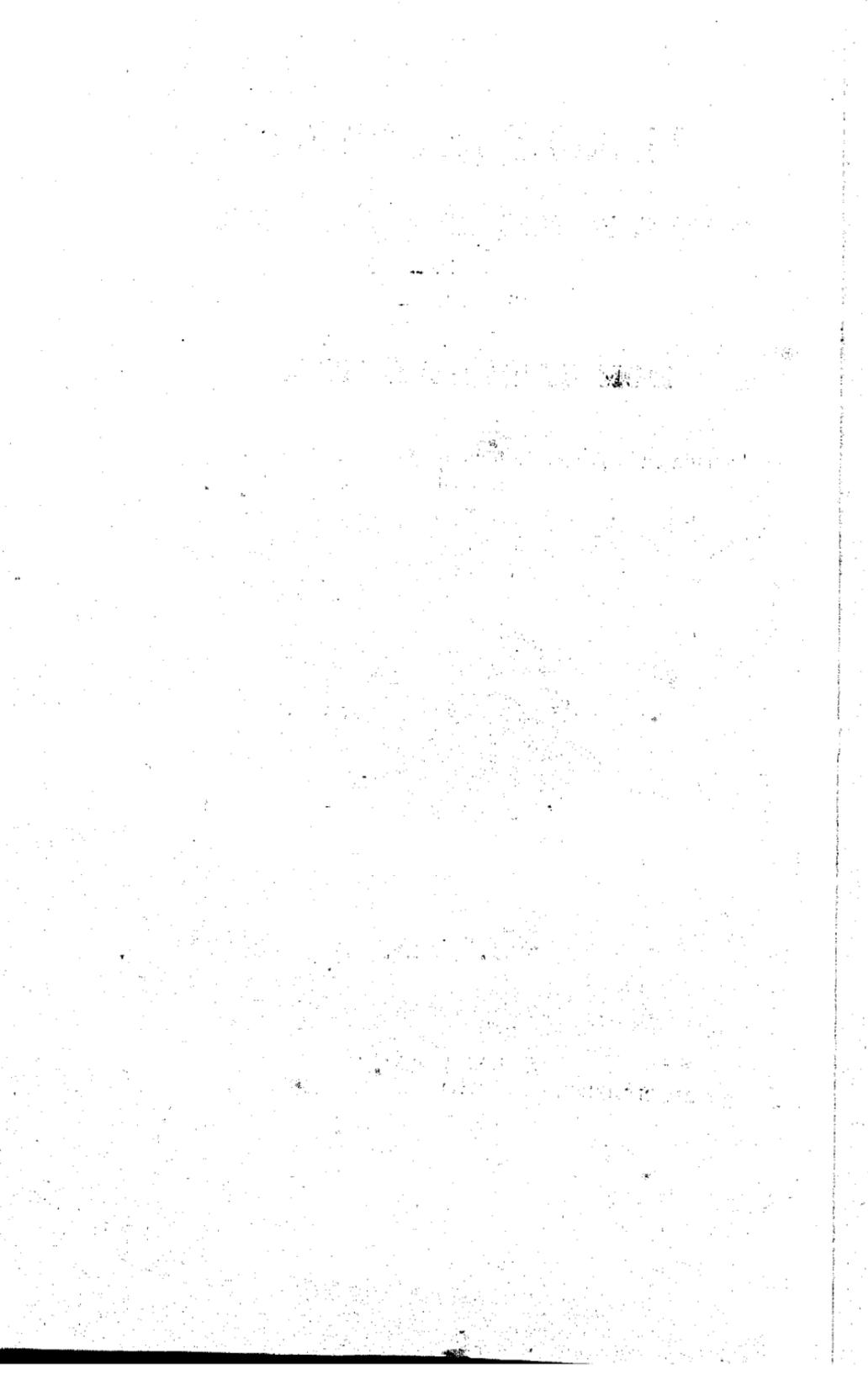
Estrenada en el Teatro de Lope de Vega el 21 de Octubre  
de 1853.



N.º 220.

SALAMANCA:  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE OLIVA, RUA, 25.  
1863.





Esta obra es propiedad de DON JOSÉ GARCIA DE SOLIS que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó la represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su de nominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

ESPERANZA, <i>Duquesa del Alcázar</i> . . . . .	DOÑA JOSEFA PALMA.
LA CONDESA DELESCUDO	DOÑA CONCEPCION SAMPELAYO.
JUANA. . . . .	DOÑA MARIANA CHAFINO.
BLASA. . . . .	DOÑA CARMEN MUR.
DON CARLOS ANDRADE. . . . .	DON JULIAN ROMEA.
EL VIZCONDE DE TAJO. . . . .	DON FLORENCIO ROMEA.
D. ANSELMO TALAVERA	DON ANTONIO PIZARROSO.
EL CONDE DE CANTAPIEDRA. . . . .	DON LÁZARO PEREZ,
DON PASCUAL REAL. . . . .	DON ANTONIO GUZMAN.
MARTIN. . . . .	DON CALISTO BOLDUM.

SEÑORAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

La escena en Madrid en 1853.

## ACTO PRIMERO.

Una sala elegantemente amueblada al gusto del día, con dos puertas colaterales y una en el fondo. Sobre las mesas candelabros con bugias.

### ESCENA PRIMERA.

MARTIN.—BLASA.

BLASA. Muy buenas noches, Martin.

MARTIN. Muy buenas las tengas Blasa,  
ya que tarde, aunque sin daño,  
nos vemos, prenda del alma.  
Y que es sin daño te digo,  
porque te encuentro muy guapa,  
y no es señal de desdicha  
ver una tan buena cara.

BLASA. Has dicho bien, que sin daño  
nos vemos, que, en confianza,  
el plato de la lisonja,  
aunque es veneno, no daña.

MARTIN. Y mas cuando el lisonjero  
está muerto por tus gracias,  
y solo dice verdades,  
aunque son dulces, no amargas.

BLASA. Discreto estás.

MARTIN. El amor,  
cuando se toma con tasa,  
aguza mucho el ingenio,  
y hace subir las palabras,

del corazón á la boca,  
un tanto acarameladas.  
Yo te quiero.

BLASA. Se agradece.

MARTIN. ¿Pero nada más?

BLASA. Se paga.

Ahora, dejando, Martín,  
nuestras amorosas ansias,  
justo será que entablemos  
otras importantes pláticas.  
¿Qué opinas de esa señora,  
parienta de nuestra ama,  
que viene sin equipaje,  
sin criados ni criadas?

MARTIN. Opino que debe ser  
una pobre provinciana,  
que no encontrando en su pueblo  
novio, por falta de plata,  
se viene á buscar la sombra  
de una parienta lejana,  
que es condesa, y que en la corte  
no carece de importancia.  
¿Piensas como yo?

BLASA. Martín,

me parece que te engañas:  
porque he notado que tiene  
cierto olor de aristocracia.

MARTIN. No te diré que no sea  
de condición muy hidalga,  
que no tenga diez cuarteles:  
el escudo de sus armas,  
ni que no venga del Cid,  
línea recta, su prosapia;  
pero en cuanto á tener oro  
digo, sin pararme en barras,  
que la viajera es tan pobre  
como las benditas animas;  
y que en busca de un marido  
viene...

BLASA. Si ha sido casada!

MARTIN. ¿Quién te lo ha dicho?

BLASA. Escondida.

quedé tras una mampara,  
y oí muy bien que del difunto  
con nuestra señora hablaba.

Pero solo sorprendí  
algunas frases cortadas,  
tocantes á los galanes  
que finos rindieron párias;  
á quienes ella insensible,  
ó tal vez desengañada,  
sin quitarles de repente  
halagüñas esperanzas,  
despues que nubes de incienso  
alzaron sobre sus aras,  
para conclusion de fiesta,  
dió solemnes calabazas.

MARTIN. ¿Es archicoqueta?

BLASA. Sí.

¿Que mujer muy festejada  
no es, Martin, archicoqueta?

MARTIN. Guarda, Pablo.

BLASA. ¿De qué guarda?...

MARTIN. De qué ha de guardar. Tú eres  
la perlita de esta casa,  
encanto de los criados  
y envidia de las muchachas.  
El lacayo y el cochero.  
y yo, el ayuda de cámara,  
vemos los vientos por tí;  
de modo que, cosa es clara,  
que has de ser archicoqueta  
ó no habrá ley en las cartas..

BLASA. ¿Lo temes así?

MARTIN. Lo temo;

y voy á estar con el alma  
en un hilo hasta que el cura  
junte nuestras manos blancas.

BLASA. Pues si sabes el remedio,  
no te digo mas.  
(Quiere irse).

MARTIN.                                   Aguarda.

BLASA. Lo dicho, dicho... Me voy,  
porque estoy haciendo falta..

## ESCENA II.

MARTIN.

Lo dicho, dicho... Muy bien...  
El remedio está en el cura...  
Si la enfermedad apura.  
*Requiescat in pace amen.*  
(Se queda pensativo).

## ESCENA III.

MARTIN.—DON ANSELMO.

ANSEL. Martin.

MARTIN.                   (Este mal de amor  
es muy grave).

ANSEL.                                   (No responde).

Martin. ¿Está el señor conde  
en su cuarto?

MARTIN.                                   Si señor.

ANSEL.                   Voy á verlo.

MARTIN.                                   Dije mal.

ANSEL.                   Pues ¿qué me dices ahora?

MARTIN.                   Que hablando con la señora  
condesa le ví.

ANSEL.                                   ¿Si tal?

MARTIN.                   Si señor.

ANSEL.                                   Pasa recado  
al señor conde; que estoy  
esperándole.

MARTIN.

— 9 —  
Ya voy.

(Se vá por la izquierda).

## ESCENA IV.

DON ANSELMO.

Esperémosle sentado.

(Lo hace).

Es por demas importuno  
párias rendir á este hombre,  
que tiene fortuna y nombre,  
pero talento ninguno.

Pórque, lo digo sin saña,  
pero con noble fiereza,  
yo soy la primer cabeza  
gubernamental de España.

Y no hay que decir que no,  
ni andar en bromas conmigo;  
porque soy yo quien lo digo,  
y cuando lo digo yo.

Yo, sí... Con razon me exalto,  
y con la razon me incomodo:  
aquí do se toma todo  
á la carrera, al asalto;  
donde, sin ningun misterio,  
se encumbra un nécio, un cualquiera,  
no me han dado una cartera,  
no regento un ministerio.

Y, para hacerme penar,  
con la cartera me incitan;  
me la enseñan, me la quitan,  
me la vuelven á enseñar.

¡Ay! esto pide venganza,  
sangrienta como ninguna:  
no se juega así con una  
ministerial esperanza.

Y, pues me eclipsan mi gloria,  
han de conocer en suma  
si sabe morder mi pluma;

y sin punza mi oratoria.

## ESCENA V.

EON ANSELMO.—EL CONDE.

CONDE. Don Anselmo.

ANSEL. Señor Conde.

CONDE. ¿Qué hay de nuevo?

ANSEL. Casi nada.

CONDE. ¿La política?..

ANSEL. Callada,  
ó se adormece ó se esconde;  
en tantó que con pasion,  
sin que nada le fatigue,  
el ministerio prosigue  
su su senda de perdicion.  
Desacierto á desacierto  
añade en su desatino,  
y está claro su destino.

CONDE. ¿Usted lo da ya?..

ANSEL. Por muerto.

Dimos las oposiciones  
con él al traste, es corriente.  
Se lo dije al presidente  
al empezar las sesiones.

CONDE. ¿Le dijo usted?

ANSEL. Que si no  
se reforzaba con hombres  
respetables por sus nombres  
y talentos, como yo,  
tendria, de buen ó mal grado,  
para evitar un exceso,  
que disolver el congreso.

CONDE. Pues el consejo ha tomado.

Y, saliendo de ese afan,  
toca los mismos registros  
que antes.

ANSEL. Están los ministros

sentados sobre un volcan:  
Ya de la revolucion  
muge el revuelto oleage,  
y es preciso que lo ataje,  
un génio, un gran corazon.  
Es el peligro muy sério,  
y el presidente lo espera  
sin modificar siquiera  
ese fatal ministerio;  
sin que de un hombre de pro  
se acuerde.

CONDE. Ha pensado en mí.

ANSEL. ¿Ha pensado en usted?

CONDE. Sí.

ANSEL. Es raro... Pues en mi no.  
Y, para salvar la tierra  
que tanto ha comprometido,  
¿qué ministerio ha ofrecido  
á usted, conde?

CONDE. El de la guerra.

ANSEL. ¿Y usted?...

CONDE. Lo he rehusado.

ANSEL. ¿Qué?...

CONDE. Que he rehusado. Dí mi escusa.

ANSEL. ¿En España hay quien rehusa  
un ministerio?

CONDE. Si á fé.

Rehusa quien ministro ha sido,  
y ser pronto se promete  
el gefe del gabinete.

ANSEL. ¿Usted?...

CONDE. Me lo he prometido.

ANSEL. ¿Pero esa promesa es  
verosímil, es fundada?

CONDE. ¿Usted duda de ello?

ANSEL. Nada.

CONDE. Pues hablaremos despues.

ANSEL. (Ministro he de ser, por Dios,  
cuéstmeme lo que me cueste.

Si pudiera entrar con este).  
Conde, para entre los dos,  
yo sé que nadie podría  
como usted regir osado  
hoy el timon del estado,  
defender la monarquía:  
mas como no vá el honor  
al mayor merecimiento,  
y pueden mas que el talento  
las intrigas y el favor,  
temo...

CONDE. No hay de que temer.

ANSEL. ¿Tiene usted favor?

CONDE.

Es llano;

y ya toco con la mano

la bengala del poder.

Comprenden bien que leal

sabré pagar los favores:

que tendrán en mí...

## ESCENA VI.

DON ANSELMO.—EL CONDE.—EL VIZCONDE.

VIZCOND.

Señores,

hay crisis ministerial.

CONDE.

Esperanzas lisonjeras

de ambicion desvanecida,

Alguna crisis fingida.

VIZCOND.

No señor, que vá de veras.

ANSEL.

Quien ayer ha conseguido

disolver el parlamento

no caerá en este momento.

VIZCOND.

No caerá, porque ha caido.

Mas, si no me da usted fé,

déjeme con mis errores.

CONDE.

¿Quiénes son los sucesores

que se designan?

VIZCOND.

No sé.

ANSEL. Pues me afirmo en lo enunciado,  
Conde, que siempre ha tenido  
todo ministro caído  
un sucesor designado.  
En la escala del favor,  
y no me negarán esto,  
antes que uno deje el puesto  
otro pone el pié.

### ESCENA VII.

DON ANSELMO.—EL CONDE.—EL VIZCONDE.—MARTIN.

MARTIN. Señor.  
CONDE. Qué quieres!  
MARTIN. Con grande urgencia  
(Como dudando).  
y mayor secreto...  
CONDE. Dí.  
MARTIN. Queda un caballero allí,  
y quiere hablar á vuccencia.  
CONDE. ¿Lo conoces?  
MARTIN. No sé quién  
es, señor Conde.  
CONDE. \* Muchacho,  
házlo entrar en mi despacho,  
y dile que voy.  
MARTIN. Muy bien.

### ESCENA VIII.

DON ANSELMO.—EL CONDE.—EL VIZCONDE.

CONDE. Grandes asuntos traerá  
quien llega con tal misterio.  
VIZCOND. La crisis del ministerio.  
ANSEL. (Llegándose al Conde con agasajo).  
Puede ser.  
CONDE. Ello dirá.

Permitanme ustedes..

ANSEL. Si.

CONDE. Veré lo que le interesa tanto. Pronto la condesa saldrá.

ANSEL. Esperamos aquí.

## ESCENA IX.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.

VIZCOND. ¿Vá usted prestando mas fé á mi noticia?

ANSEL. Vizconde,  
¿vendrán en busca del conde para que forme?

VIZCOND. No sé.

ANSEL. Visita tan misteriosa en un momento tan critico.

VIZCOND. Como no soy gran político, no me interesa gran cosa.

ANSEL. Quisiera saber ..

VIZCOND. Yo quiero,  
mas que aclarar esa duda,  
que á nuestra tertulia acuda  
la hija del rico banquero.  
Ella es mi bello ideal.

ANSEL. Pues me pareco muy fea.

VIZCOND. Y qué importa que lo sea si tiene mucho caudal.

ANSEL. Es plebeya.

VIZCOND. No lo dudo;  
pero yo tengo blasones,  
y al frente de sus doblones,  
estará muy bien mi escudo.  
De un apellido la historia  
en siglo tan positivo  
vale poco, el efectivo  
es muy noble ejecutoria.

Y no han de encontrarse mal,  
sin que pierda mi decoro,  
sus esportones de oro  
en mi palacio feudal.

Que forman union estraña  
mi mendicante pobreza.  
mi título y mi grandeza  
de las mejores de España.  
¿No es usted de mi opinion?

ANSEL. Así, así.

VIZCOND. Pues la sostengo.  
¿Usted qué busca?

ANSEL. Yo tengo,  
vizconde amigo, ambicion.  
Yo quisiera...

VIZCOND. ¿Usted quisiera?...

ANSEL. Hablemos en confianza.

VIZCOND. Hablemos pues.

ANSEL. Mi esperanza  
se cifra en una cartera.

VIZCOND. ¿Plaza de ministro?

ANSEL. Sí.

VIZCOND. Cúmplase tan buen deseo.

ANSEL. Usted, segun lo que veo,  
podrá hacer mucho por mí.

VIZCOND. A secundar su intencion  
buenamente me acomodo;  
pero no descubro el modo.

ANSEL. Présteme usted atencion.  
Si la crisis es formal  
y el viento sopla por donde  
parece, darán al conde  
el poder ministerial.  
Solo no puede ejercer  
la administracion y el mando,  
é irá, vizconde, llamando  
participes al poder.  
Esto está bien claro.

VIZCOND. Sí.

ANSEL. En tal caso, yo quisiera...

VIZCOND. ¿Qué quiere usted, Talavera?

ANSEL. Que usted le hablase de mi.

VIZCOND. ¿Yo?

ANSEL. Usted.

VIZCOND. ¿Tengo yo favor  
para imponerle un ministro?  
Toque usted otro registro  
mas seguro.

ANSEL. No señor.

VIZCOND. ¿Pues cómo?

ANSEL. De esta manera.

Si el conde encargado está  
de formar, usted me dá  
la enhorabuena.

VIZCOND. Quisiera  
saber por qué.

ANSEL. Porque así

hará la frase su efecto,  
y por un medio indirecto  
lograré que piense en mí.

VIZCOND. Está bien me encargo de ello.

ANSEL. Sin vacilacion alguna.

Cuidado que la fortuna  
no tiene mas que un cabello.

VIZCOND. Pues no quedará por mí  
si usted no lo coje.

ANSEL. ¡Bravo!

No perderá usted al cabo  
nada si yo medro.

VIZCOND. ¿Sí?

ANSEL. Tendrémos fondos en donde  
se necesiten.

VIZCOND. Me alegro.

ANSEL. Una gran gruz para el suegro.

VIZCOND. Bueno. Cuánto tarda el conde.  
Pensemos en lo esencial,  
buen amigo. ¿Qué cartera  
prefiere usted?

- ANSEL. Yo, cualquiera.
- VIZCOND. Todo ramo me es igual.
- VIZCOND. Luchemos con alma y vida hasta realizar la empresa. Pero llega la condesa con una desconocida.

### ESCENA X.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—  
ESPERANZA.

- CONDES. Estaban ustedes solos. Lo siento mucho, señores, y mi tardanza mil veces les ruego que me perdonen.
- ANSEL. Hace muy poco, señora, que nos ha dejado el conde, y la que nos honra tanto no debe pedir perdones.
- CONDES. Muchas gracias, Talavera. Presento á ustedes mi jóven y bella prima Esperanza, recién llegada á la córte. Esperanza, te presento al elegante vizconde del Tajo, grande de España y de heredados blasones, y al célebre diputado por el distrito de Móstoles, don Anselmo Talavera.
- ANSEL. Deseamos que nos honre con su preciosa amistad esta señora.
- (Se sienta la Condesa, y á su derecha don Anselmo. Esperanza se sienta algo distante, y el Vizconde queda de pies no lejos de ella).
- VIZCOND. ¿De dónde viene usted? Si mi pregunta no la incomoda.

- ESPER. En San Roq  
nací, y en Sevilla y Cádiz  
pasé mis años mejores.
- VIZCOND. ¿Luego es usted andaluza?
- ESPER. Sí.
- VIZCOND. Pues no se le conoce.
- ESPER. ¿Me falta el gentil donaire  
que prestan los trovadores  
á cuantas nacen al pié  
de aquellas moriscas torres?
- VIZCOND. No, por Dios; pero el acento  
es tan castizo, que pone  
en duda la procedencia.
- ESPER. Puede que yo me equivoque.
- ANSEL. (A la Condesa).  
¿Y deja esta señorita  
por algun tiempo las flores  
del Bétis, para pisar  
los cortesaños salones?
- CONDES. Los pisará mucho tiempo;  
siempre que no la incomode  
estar á mi lado.
- ESPER. Prima.  
no tengo mas protectores  
que tú y tu hermano, y conozco  
vuestros buenos corazones  
demasiado, para que  
de implorarlos me sonroje.
- VIZCOND. ¿Es usted sola?
- ESPER. Soy huérfana,  
viuda, sin hijos y pobre;  
(El vizconde que ha estado á su lado, se retira y toma un asiento  
distante).  
pues fueron mis pocos años,  
cuando me casé, mi dote,
- ANSEL. (Haciendo conversacion particular con ella),  
Siempre, adorable condesa,  
para su tocado escoje  
usted lo mas elegante.

- CONDES. Gracias por tantos favores; pero siempre es mi modista la que mi adorno dispone,
- ANSEL. ¿No cuida usted de ello?
- CONDES. Nada.
- ANSEL. Lo comprendo. Que se adorne con esmero, dice usted, quicon necesita que abonen su belleza los encajes y la aumenten los colores; no la que tiene hermosura para que ciegos la adoren, y fuego con que ablandar los mármoles y los bronce.
- CONDES. Extraño tan dulces frases hallar en boca de un hombre que la mar de la política á todas velas recorre. Si escucháran sus palabras ¿qué dirían los barones del parlamento?
- ANSEL. Dirían que quien contempla esos soles, trueca la ambicion de mando por otra ambicion mas noble.
- CONDES. ¿Qué ambicion?
- ANSEL. La de alcanzar un dulce si que corone las mas dulces esperanzas.
- CONDES. ¿Lo conseguiré?
- ANSEL. Vizcondé.
- VIZCOND. Condesa.
- CONDES. ¿Cómo tan mustio?
- VIZCOND. ¿Yo?...
- CONDES. ¿Por ventura no corren noticias, ó las oculta para que no se las roben?... ¿De qué se trata en los círculos elegantes? ¿No se ponen

á discusion los saraos,  
las tiples y los tenores?  
¿No prestá el teatro Real  
motivo á murmuraciones?  
¿Alguna mujer notable  
no brilla en el horizonte?...

VIZCOND. Sí, Condesa: una se espera  
que debe llegar de Lóndres,  
y de tema está sirviendo  
á muchas conversaciones.

CONDES. ¿Quién es? si puede decirse,  
amigo mio su nombre.

VIZCOND. La duquesa del Alcázar:  
Dicen que es hermosa, jóven,  
viuda, opulenta y discreta.

CONDES. Pués, con tantas perfecciones,  
el fénix de las mujeres  
será.

VIZCOND. Han llegado sus coches,  
y en su palacio se han hecho  
brillantes restauraciones.

CONDES. He tratado á la duquesa.

VIZCOND. Condesa, ¿usted la conoce?

CONDES. Sí; se marchó de Madrid  
cuando tenia catorce  
años, por cierto que ya  
habrá pasado unos doce,  
para dar mano de esposa  
á un pariente; y desde entonces  
no ha vuelto.

VIZCOND. ¿Y era bonita?

CONDES. Como un sol; ojos enormes,  
cabello negro, pié breve,  
talle delicado y dócil  
de carácter.

ANSEL. El retrato  
es de amiga.

CONDES. No se asombre  
usted, porque la duquesa

tiene el apellido Ozores,  
como yo.

VIZCOND. ¿Es deuda?

CONDES. Lejana.

VIZCOND. ¿Usted querrá que yo logre  
mi deseo?

CONDES. ¿Cuál?

VIZCOND. El de verla  
de los primeros.

CONDES. Vizconde,  
ninguno dirá que ha visto  
primero que usted sus soles.

VIZCOND. Gracias.

CONDES. Me asaltó un temor.

VIZCOND. Condesa, fuera temores.

CONDES. ¿Y nuestra capitalista  
qué dirá?

VIZCOND. Dirá...

CONDES. Nos oye.

## ESCENA XI.

DICHOS.—JUANA.

JUANA. Muy buenas noches.

CONDES. Juanita  
tarde viene usted.

JUANA. Lo siento.

CONDES. Esperanza, te presento  
esta linda señorita,  
hija del señor de Real,  
rico banquero, y que espera  
quedar única heredera  
de un inmenso capital.

ESPER. Será muy señora mía.

JUANA. (A la condesa).

¿Esta señorita?...

CONDES. Tiene

deudó conmigo.

JUANA. (Mirándola con curiosidad).

¿Sí?

CONDES. Y viene

de la bella Andalucía.

(Juana se sienta en la silla que ocupa el vizconde: este queda de pie á su lado).

JUANA. Bien se conoce.

CONDES. ¿Por qué?

JUANA. Porque demuestra su porte  
que no ha vivido en la corte.

(La conversación se hace particular entre el vizconde y Juana, la condesa y don Anselmo. Esperanza ojea uu album).

VIZCOND. Ya lo dije.

JUANA. ¿Sí?

VIZCOND. Si á fé.

JUANA. Y aunque calidad la sobre,  
está la recien venida  
muy pobremente vestida.

VIZCOND. Es una huérfana pobre.  
(Se sienta el vizconde).

JUANA. Ya comprendo; una parienta  
que hace valer sus derechos.  
para vestir los deshechos  
de alguna prima opulenta.  
De esas primitas suaves  
que se meten en la casa  
para saber lo que pasa  
y ser las amás de llaves.

VIZCOND. Buena calificación.

JUANA. A esas gentes conocemos  
al punto las que tenemos  
riquezas y posición.  
Y nada más natural,  
vizconde. Aunque me dan grima,  
me persigue tanta prima.

VIZCOND. Tiene usted tanto caudal.  
(Hablan bajo).

CONDES. ¿Vuelve usted al tema?

- ANSEL. Sí.
- CONDES. He cumplido los cuarenta.
- ANSEL. Eso es broma.
- CONDES. Me lo cuenta usted, don Anselmo, á mi.
- ANSEL. A sus años verdaderos añada usted diez de fijo.
- CONDES. Por Dios, si tengo ya un hijo capitán de coraceros.
- ANSEL. Y la divina beldad de ese rostro...
- CONDES. Que no pega tal requiebro: y no se juega con señoras de mi edad.
- VIZCOND. Répito, adorable Juana, que estoy de amores muriendo.
- ESPER. Qué buen papel está haciendo la huérfana provinciana. Y de un modo natural este aislamiento se explica, pues está entre gente rica la que no pasa por tal.

## ESCENA XII.

DICHOS.—ANDRADE, que se para á la puerta.

- ANDRAD. Bello cuadro. ¡Qué á destajo muestra su amor... al dinero... á la niña del banquero. el buen vizconde del Tajo! Y ensarta conceptos mil para salir con su empresa, á la señora condesa el político sutil. Dos amantes, ¡vive Dios! son ardientes y sinceros, dos cumplidos caballeros...

¡Cuánto mentirán los dos!...  
¿Por qué me irrita ó me enfada  
que mientan á su placer?...  
¿Quién será áquella mujer  
que está tan abandonada?  
No sé; mas apostaría,  
sin quedarme duda alguna,  
á que tiene una fortuna  
tan rica como la mía.  
No descubro su semblante...  
Mas, aunque beldad le sobre,  
si es pobre y saben que es pobre,  
todo está dicho. Adelante.  
(Entra).

A los pies de usted, condesa.

CONDES. Andrade, muy bien venido.  
Aunque tarde me ha cumplido  
usted su formal promesa.

ANDRAD. Es mi gusto y mi deber  
y ambos cumplí muy contento.

CONDES. Puede usted tomar asiento.

ANDRAD. Señora, lo voy á hacer.  
(Se sienta al lado de Esperanza).

CONDES. ¿Qué hay de nuevo por Madrid?

ANDRAD. Nada que de contar sea,  
y su gente se recrea  
como en los tiempos del Cid.

ANSEL. ¿De crisis ministerial  
que sabe usted?

ANDRAD. Nada sé.

ANSEL. ¿De veras?

ANDRAD. Sí.

ANSEL. Por mi fé.

que es muy extraño...

ANDRAD. No tal.

Crisis averigua ó fragua  
el que, de poder sediento,  
espera un soplo de viento  
para echar su buque al agua:

mas yo, que con mi inaccion  
y nulidad me acomodo,  
me encuentro muy bien con todo  
ministerio.

ANSEL. ¿Y la nacion?

ANDRAD. Es verdad: su nombre abona  
la prisa de esos patricios  
que, para estirpar los vicios,  
codician una poltrona.

ANSEL. Bien puede abrigar un hombre  
noble ambicion de justicia.

ANDRAD. Mas la pública malicia  
le suele dar otro nombre.

ANSEL. ¿Llama á la ambicion de aquel  
que busca gloria y decoro?...

ANDRAD. Unas veces sed de oro,  
y otras gula de oropel.

ANSEL. Pues la pública opinion  
sustenta absurdos extremos.

ANDRAD. Si usted quiere, dejaremos  
tan pesada discusion.

Pues á la verdad da pena  
que asi pariodemos varios

artículos de diarios  
en sociedad tan amena.

¿No es usted de mi opinion?

(A Esperanza. Se hacen las conversaciones particulares).

ESPER. El album me ha distraido  
de tal modo, que no he oido

casi la conversacion.

ANDRAD. Ha hecho usted bien.

ESPER. Casual

fué mi distraccion, y asi

no puedo decir por mi

si hice bien ó si hice mal.

He admirado los primores

y las razones discretas

de castellanos poetas

y madrileños pintores

ANDRAD. ¿Conoce usted la pleyada  
de unos y otros?

ESPER. No, á fé mia,  
á no ser de nombradía,  
que estoy muy recién llegada.

ANDRAD. ¿Por eso nunca el honor  
de ver á usted tuvo?

ESPER. Ayer  
he venido á merecer  
de la Condesa el favor.  
Pues, aunque el deudo la obliga,  
sus obligaciones pasa  
recibiéndome en su casa,  
tratándome como amiga.  
Y así probarla me toca  
con el mas constante afán,  
que ya la agradezco el pan  
que he de llevarme á la boca.

ANDRAD. ¿No tiene usted padres?

ESPER. No.  
Y es mi dolor tan profundo  
porque estoy sola en el mundo.

ANDRAD. ¿Sola?

ESPER. Sola.

ANDRAD. Como yo.

ESPER. ¿Es usted huérfano?

ANDRAD. Sí.

ESPER. El mismo mal nos devora.

ANDRAD. Yo soy un hombre, señora,  
y está la ventaja en mí.

Yo puedo lidiar con brío  
hasta inclinar mi balanza.

ESPER. ¿Tiene usted fé?

ANDRAD. No.

CONDES. Esperanza.

ANDRAD. ¿Qué nombre es ese?

ESPER. Es el mio.

ANDRAD. Pues es un nombre que anima.

ESPER. (Levantándose).

Anima á quien es constante.

ANDRAD. Espere usted un instante.

ESPER. Me está llamando mi prima.

(Esperanza tira de la campanilla y se queda apoyada en un mueble, cuando se le manda la condesa).

¿Qué quieres?

CONDES. Ten la bondad  
de llamar.

JUANA. Buena llamada.

(Al vizconde).

lo que dije, una criada

de honor.

VIZCOND. Pues.

JUANA. Es la verdad.

La pobre ha estado en un potro  
hasta lograr la ocasion  
de hablar con Andrade.

VIZCOND. Son  
buenos uno para el otro.

### ESCENA XIII.

DICHOS.—MARTIN.

MARTIN. Señora.

CONDES. ¿Salió mi hermano?

MARTIN. No, señora; en su aposento  
ha estado, y viene al momento.

CONDES. Está bien.  
(Se vá Martin).

### ESCENA XIV.

DICHOS.—Menos MARTIN.

JUANA. (Al vizconde).

Buen cortesano.

VIZCOND. ¿Por qué?

JUANA. Porque la ocasion

aprovecha usted.

VIZCOND. Señora,  
nada olvida quien adora  
con todo su corazón.

ANSEL. Le esperan nuevos honores,  
si es fundada mi sospecha.

CONDES. ¿Lo juzga usted cosa hecha?

ANSEL. Seguramente.

## ESCENA XV.

DICHOS.—EL CONDE, vestido de corte.—Anselmo se levanta apresuradamente; el Vizconde se levanta también y se queda apoyado en el respaldo de la silla de Juana: Andrade se inclina ligeramente:

CONDE. Señores.

ANSEL. El hombre vino despacio.

CONDES. Muy galano sales hoy.  
¿Vas de baile?

CONDE. No.

CONDES. ¿Pues?...

CONDE. Voy...

CONDES. ¿A dónde vas?

CONDE. A palacio.

CONDES. ¿A estas horas?

CONDE. Sí.

CONDES. Esto es serio.

ANSEL. Lo mismo que yo decía,  
señor conde; no podía  
durar más el ministerio.

VIZCOND. (Acercándose al conde).  
Yo fui quien dije...

ANSEL. (Interrumpiendo).

Y preví  
que usted sería el llamado,  
como el hombre designado  
por la opinión y por mí.  
Gran reputación, gran nombre,  
cabeza firme y serena.

- VIZCOND. (A don Anselmo).  
Doy á usted la enhorabuena.
- ANSEL. (Al vizconde).  
(No es tiempo. Calle usted, hombre).  
(Al conde).  
Mal espreso mi contento...
- VIZCOND. Es muy grande mi alegría...  
(Forman grupo los tres y hablan bajo. La condesa habla á Juana).
- ESPER. (A Andrade, llegándose á él).  
Usted sigue todavía  
sin abandonar su asiento.
- ANDRAD. No hay nada más natural.
- ESPER. ¿No dá usted albricias?...
- ANDRAD. No.
- ¿Acaso he causado yo  
la crisis ministerial?  
No me llaman y no acudo.  
Esto es lo mejor.

- ESPER. Reparo  
que es usted bastante raro.
- ANDRAD. Al menos bastante rudo.
- ANSEL. Repito mi parabien.  
¿Nos veremos esta noche?
- CONDE. Es bastante tarde.

## ESCENA XVI.

DICHOS.—MARTIN.

- MARTIN. El coche.
- CONDE. Me voy.
- ANSEL. Y yo.
- VIZCOND. Y yo también.
- ANSEL. Yo le quiero acompañar.  
hasta la puerta.
- VIZCOND. Yo quiero  
ir hasta palacio.
- ANSEL. Espero  
que le podremos hablar  
muy tempranito mañana,

pues mucho nos interesa.  
Muy buenas noches, condesa.

CONDES. Adios.

VIZCOND. Adios, bella Juana.

## ESCENA XVII.

LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE.

CONDES. Ha sido fatalidad  
este negocio de estado,  
pues de improviso ha mermado  
nuestra escasa sociedad.

ESPER. Una pregunta quisiera  
hacerte.

CONDES. Pregunta.

ESPER. Bien;

Dime. ¿Han llamado tambien  
al vizconde y Talavera?

CONDES. No.

ESPER. ¿Por que con tanto afan  
se han marchado tras el conde?...

Querida prima, responde,

CONDES. En busca de nuevas van.

ESPER. ¿De nuevas?

JUANA. (La provinciana  
es por demas maliciosa).

CONDES. ¿Pueden buscar otra cosa?

ESPER. Quién sabe.

## ESCENA XVIII.

DICHOS.—DON PASCUAL.

PASC. Condesa, Juana,  
señorita.

ANDRAD. Don Pascual.

PASC. ¿Qué tal, mi querido amigo?

ANDRAD. Bien.

PASC. ¿Qué dice usted?

- ANDRAD. Le digo  
que hay crisis ministerial.
- PASC. ¡Hombre!
- ANDRAD. Usted en favor medra.
- PASC. Aclare usted el misterio.
- ANDRAD. Porque forma ministerio  
el conde de Cantapiedra.
- PASC. ¿Es cierto?
- CONDES. Parece así.
- PASC. Doy á usted mis parabienes.  
Niña, me marchó. ¿te vienes?
- CONDES. ¿Se vá usted tan pronto?
- PASC. Sí.  
Y no piense usted que es  
falta de gusto, señora,  
tengo que arreglar ahora  
un negocio de interés.
- ANDRAD. Alguna cuenta atrasada  
con el ministro caído.
- PASC. Malicioso...
- ANDRAD. No he querido  
descubrir...
- PASC. No importa nada,  
Quien en mi lugar se encuentra,  
y tanto como yo vale,  
ha de cobrar al que sale  
para prestar al que entra.  
Esta mi máxima es,  
y con lucros corresponde.  
Condesa, que mande el conde,  
y le beso á usted los pies.  
(Dando la mano á Andrade).  
Siempre amigotés los dos.  
(Besándose).  
Adios, mi amigo. Juanita,  
adios.
- JUANA. (Dándole la mano francamente).  
Esperanza.
- ESPER. (Con sarcasmo).  
Adios.

ESCENA V.

LA CONDESA.—ESPERANZA.—ANDRADE.

CONDES. ¿Usted con su buen talento,  
habrá sacado partido  
de cuanto aquí ha sucedido,  
un poco extraño y violento?

ANDRAD. No he presenciado incidentes  
que sorprendan mi atención;  
y he visto gentes que son  
como son todas las gentes.

CONDES. Esa reserva está bien  
y prueba cortesania.

ANDRAD. Siendo cortés cumpliría  
mi obligación hácia quien  
me dispensa una amistad  
que en mucho tengo, señora.  
Pero ya es tarde y es hora  
de dejarlas.

CONDES. No en verdad.

ANDRAD. Sí, condesa.

CONDES. ¿Vendrá usted  
á comer mañana.

ANDRAD. No  
sé si podré.

CONDES. Pues yo  
se lo pido por merced.  
¿Me dá usted palabra?

ANDRAD. Sí.

CONDES. Adios, Andrade.

ANDRAD. Condesa,  
á los piés de usted. (Me pesa  
el retirarme de aquí).  
(A Esperanza).

Me tomo la confianza  
de ofrecerle mi amistad.  
Se la ofrezco con lealtad.

Perdone, usted, Esperanza.

## ESCENA XX.

LA CONDESA.—ESPERANZA.

CONDES. ¿Qué me dices?

ESPER. Qué sé yo.

CONDES. ¿Desistirás de tu empeño?

ESPER. No.

CONDES. ¿Cuadro tan halagüeño  
no te ha sorprendido?

ESPER. No.

Es una pintura fiel  
del mundo, y á él me acomodo.  
He visto estátuas de lodo  
con vestido de oropel.

CONDES. ¿Es Talavera?...

ESPER. Un pedante,  
que en ocasion oportuna  
hará muy buena fortuna.  
no lo dudes.

CONDES. Adelante.

¿Y el vizconde?

ESPER. Un pobre ser  
sin dignidad ni decoro,  
que dá nobleza por oro.

CONDES. ¿Hará el cambio?

ESPER. Puede ser.

CONDES. ¿Y Juanita?

ESPER. Doña Juana  
con una frase se esplica:  
es muy vana porque es rica,  
y porque es muy rica es vana.  
Monigote de metal  
dorado, mas sin primor.

CONDES. ¿Y su padre?

ESPER. Un buen señor  
es el rico don Pascual.

- Bonachon, alegre, franco,  
usurero y complaciente;  
tan buscado y tan corriente  
como un billete de banco.
- CONDES. Los vas pintando donosa,  
pero otro retrato añade.  
¿Qué te ha parecido Andrade?
- ESPER. Ese, prima, es otra cosa.
- CONDES. Sí.
- ESPER. Vive en la sociedad  
encerrado en su capullo.
- CONDES. ¿Y tiene?...
- ESPER. Orgullo y orgullo,  
que es una gran cualidad.
- CONDES. ¿Das á su altivez honrada  
oróscopos venturosos?
- ESPER. Los hombres muy orgullosos  
lo son todo ó no son nada.
- CONDES. Parcial te muestras con él.
- ESPER. ¿Sí?
- CONDES. ¿Lo distingues? confiesa.
- ESPER. Siempre distingo, condesa,  
el oro del oropel.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Un jardín que se prolonga por ambos lados; en el fondo la fachada interior de una casa de buena apariencia, con puerta practicable.

### ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA.—MARTIN.

CONDES. ¿Ha vuelto el conde?

MARTIN.

Señora,

aun no ha vuelto Su Excelencia;

pero está de carruajes

de alquiler la calle llena;

y ya he puesto en el despacho

mas de cinco mil tarjetas,

todas muy recomendadas,

por temor de que se pierdan;

encargándome que diga

á mi señor cuando vuelva,

que por mano de sus dueños

fueron en las mias puestas.

CONDES. Está bien.

MARTIN.

Y causa risa

al ver, señora condesa,

la especie de jubileo

que se empuja en la escalera.

CONDES.

Vuelve á tu puesto, Martin,

y cuidarás, cuando vengan

los amigos que esta tarde

deben honrar nuestra mesa,  
de decirles que al jardín  
pueden bajar.

MARTIN.

Con presteza  
marcho á cumplir al momento  
las órdenes de Vuecencia.

## ESCENA II.

LA CONDESA.

Yo no sé por qué mi hermano  
á estos afanes se entrega  
con tanto ardor, cuando puede  
vivir muy bien de sus rentas.  
Pero ya que no hace caso  
de prudentes advertencias,  
le dejaré hacer su gusto  
y salga por donde pueda.

## ESCENA III.

LA CONDESA.—EL VIZCONDE.

VIZCOND. ¿Cómo tan sola?

CONDES.

Vizconde,  
hace una tarde soberbia,  
y he buscado en el jardín  
brisa perfumada y fresca.

VIZCOND. Pensaba encontrar á usted  
en el estrado, condesa,  
recibiendo por millares  
plácemes y enhorabuenas,  
pues ya se sabe que el conde  
la honra de formar acepta,  
y que ministro de Estado  
será con la presidencia.

CONDES.

La multitud de visitas  
ó me aturde ó me molesta,

porque soy una mujer,  
vizconde, un tanto casera.  
Quiero poca compañía,  
y estoy gustosa, si es buena.

VIZCOND. Lo comprendo: usted no gusta  
de esos amigos que acechan  
los momentos de medrar  
con las personas que medran;  
que son sus nombres en tanto  
que está brillante su estrella;  
pero que al primer revés  
giran como una veleta.

CONDES. Exactamente y con todo,  
el bien parecer nos fuerza  
á no poner mala cara  
á esas plantas que se enredan  
al árbol verde y lozano,  
y que sin hojas lo dejan.  
Pero, hablando de otras cosas  
mas útiles y halagüeñas,  
¿quiere usted decirme cómo  
está el ataque y defensa  
entre el seductor vizconde  
y la elegante heredera?

VIZCOND. Puedo asegurar, señora,  
que, si no mienten las señas,  
capitulará muy pronto  
la dorada fortaleza.

CONDES. Rico botin se hallará,  
amigo vizconde, en ella.  
Aunque deben ser lo menos  
sus atestadas talegas;  
que para el hombre que ama,  
como usted, con tantas veras,  
los despojos del amor,  
son las mas ricas preseas.

VIZCOND. ¿Hablamos en confianza?

CONDES. No impido que usted la tenga.

VIZCOND. Pues, si he de decir verdad,

Juanita no me interesa  
gran cosa.

CONDES. ¿Sí? ¿Qué diría,  
vizconde, si nos oyera?

VIZCOND. (Sobresaltado).  
¿Está en el jardín?

CONDES. No tal.

VIZCOND. No me conviene que sepa  
que me gusta mas su dote  
que su cara.

CONDES. No es tan fea.

VIZCOND. No es tan hermosa; y además,  
hombres de antigua nobleza  
con repugnancia su nombre  
unen al de una plebeya.

CONDES. Cuidado, mucho cuidado,  
que se le vá á usted la lengua,

VIZCOND. (Con sobresalto).  
¿Pero está por aquí?

CONDES. No.

VIZCOND. Hablaré con mas franqueza.  
¿Sabe usted quién me preocupa?

CONDES. ¿Quién?

VIZCOND. Señora, la duquesa  
del Alcázar.

CONDES. Me parece,  
vizconde, que se chancea.

VIZCOND. No, señora; sé que es  
joven, elegante y bella,  
y, solo por el retrato,  
me han hechizado sus prendas.

CONDES. Pues me parece, vizconde,  
que usted, que eso dice, al verla,  
es capaz de mostrar...

VIZCOND. ¿Qué?

CONDES. O desden ó indiferencia.

VIZCOND. ¿Yo?

CONDES. Usted.

VIZCOND. Por nada del mundo.

- CONDES. Pues me remito á la prueba;  
y quizás me atreveré  
á que hagamos una apuesta.
- VIZCOND. Perderá usted.
- CONDES. No lo creo.
- VIZCOND. ¿Qué apuesta usted?
- CONDES. ¿La evidencia  
me perdona usted?
- VIZCOND. Lo mismo  
digo. ¿Apostamos?
- CONDES. Pues sea.
- VIZCOND. ¿Qué apostamos?
- CONDES. Una caja  
de bombones ó de almendras;  
que tendrá usted en la mano  
lo que durare la fiesta  
con que sus salones abra  
mi rica y noble parienta.
- VIZCOND. Admito la condicion.
- CONDES. Está bien. Pues ojo alerta.

#### ESCENA IV.

LA CONDESA.—EL VIZCONDE,—ESPERANZA.

- ESPER. Prima.
- CONDES. ¿Qué quieres?
- ESPER. He visto  
en la estufa dos camelias  
preciosísimas y dobles,  
mas blancas que una azucena.  
Vizconde, muy buenas tardes:  
¿quiere usted venir á verlas?
- VIZCOND. (Con desden).  
Gracias.
- ESPER. Están tan hermosas,  
tan nacaradas, tan frescas.  
Venga usted...
- VIZCOND. (Resistiéndose).

Ya la veremos

mas tarde.

ESPER. Sí; cuando pierdan  
la brillante lozanía  
que las dan tanta belleza.  
Venga usted...

VIZCOND. (La provinciana  
es pesada). No quisiera  
separarme por dos flores,  
del lado de la condesa.

CONDES. Las veré con mucho gusto.

VIZCOND. Entonces hay diferencia.

(Con asiduidad).

¿Quiere usted mi brazo?...

CONDES. Bien.

ESPER. Adios, prima.

CONDES. ¿Pues te quedas?

ESPER. Sí.

VIZCOND. (Se ha picado. Está visto  
que es tan posma como necia).

CONDES. Que no olvide usted, vizconde...

VIZCOND. ¿Qué no he de olvidar?...

CONDES. La apuesta.

## ESCENA V.

ESPERANZA.

¡Ay! ¡qué presuncion tan vana,  
vizconde del Tajo, es esa!  
Quieres ir con la condesa  
y no con la provinciana.  
Para el uno y otro paso  
acaso te ha decidido  
que es de lana mi vestido  
y su vestido de raso.  
No deja de ser cruel  
que, hasta para ver dos flores,  
se vayan estos señores

siempre tras el oropel.  
No adivinará el tesoro  
por la caja que lo encierra,  
quien no vé que bajo tierra  
y guijos se oculta el oro.  
Y hay verdadera aficcion,  
corazon, aunque te asombres,  
en conocer, que en mil hombres  
no se encuentra un corazon.

## ESCENA VI.

ESPERANZA.—ANDRADE.

- ANDRAD. A los pies de usted. Creí encontrar á la condesa.
- ESPER. Y le causa á usted sorpresa verme sola: ¿no es así?
- ANDRAD. Muy agradable en verdad es mi sorpresa: mas siento robar algun pensamiento á esta amena soledad.
- ESPER. Amargura á la tristeza la soledad siempre añade, y hay en perturbarla, Andrade, mas que indiscreccion fineza.
- ANDRAD. (Con amargura)...  
Con profunda paz convida esta soledad al alma:  
y bien se encuentra en la calma nave que fué combatida.  
(Movimiento de Esperanza).  
No pretendo yo que aquí busque usted puerto de abrigo; y cuanto he dicho, lo digo...
- ESPER. ¿Por quién, Andrade?
- ANDRAD. Por mí.
- ESPER. ¿Es usted muy desgraciado?
- ANDRAD. (Con falsa alegría).

¡Qué horror! Ni mucho ni poco,  
y sin duda estaba loco  
cuando de tal modo he hablado.  
Vida apacible me espera;  
contento con ella estoy...  
En una palabra, soy  
feliz como otro cualquiera.  
Nada mi tranquilidad  
turba, mis días dichosos;  
señora, mil envidiosos  
tiene mi felicidad.  
Si un momento me devora  
el veneno del hastío,  
momentos despues me rio  
como un necio, como ahora.  
La imágen de ningun mal  
me entristece ni me arredra:  
tengo un corazon de piedra;  
tengo un alma de metal  
humor de vário matiz  
tengo, que mueve la brisa...  
¿No dice bien mi sonrisa  
que soy un hombre feliz?

ESPER. Bajo esa risa falaz  
se oculta un dolor profundo.

ANDRAD. Pues nada de eso ve el mundo.

ESPER. Porque es poco perspicaz.  
Y fácilmente se alcanza,  
bajo esa falsa alegría,  
una punzante ironía...

ANDRAD. ¿Qué usted descubre, Esperanza?

ESPER. Sí, Andrade.

ANDRAD. Funesto error.

ESPER. No voy á ofrecer consuelo,  
ni pretendo alzar el velo  
que rasgar quiere el dolor.  
De nada me serviría  
ver distinto con mis ojos  
los encubiertos enojos.

y la afanosa agonía;  
pues fuera contra razón,  
que á esta pobre forastera  
un hombre prudente diera  
las llaves del corazón.  
Guardadas deban estar.  
No temo que usted las fie;  
sabe que el mundo se rie  
del mas profundo pesar;  
y con cuerdo proceder  
y con prudente energía,  
no querrá usted que se ria  
una estraña, una mujer.  
Sepúltese en el abismo  
del pecho con sus rigores...  
Si yo tuviera dolores,  
tambien haria lo mismo.

ANDRAD. ¿Tambien usted sufre?

ESPER. No.

¿No encuentra usted el contento  
en mi rostro y en mi acento?

ANDRAD. Usted sufre, como yo.

ESPER. Funesto error.

ANDRAD. Esperanza,

siempre mis penas guardé;  
pero, yo no se por qué,  
me inspira usted confianza.  
Tiempo hace que mi alma ardiente  
rinde tributo con ira  
á una callada mentira,  
porque callando se miente;  
y, pues suprema ocasion  
de decir la verdad llega,  
por primera vez entrega  
sus llaves mi corazón.  
Largos años he penado;  
mucho en silencio he sufrido,  
y nadie me ha comprendido,  
porque nadie me ha estudiado.

Al sacarme de la nada,  
como lote de mi suerte,  
me dió Dios un alma fuerte,  
pero un alma apasionada.  
Crecí sediento de amor,  
y hallé, de ilusiones lleno,  
en todo vaso veneno,  
y una espina en cada flor,  
Atropellando por todo,  
me lancé con ardor sumo...  
busqué gloria y hallé humo,  
busqué virtud y hallé lodo.  
Indicios dí de agonía:  
corrió de mis ojos llanto;  
pero noté con espanto  
que el mundo se sonreía.  
Y por no ser la irrisión  
de ese mundo baladí,  
mi acerbo llanto volví  
al fondo del corazón.  
Débil, fatigado, yerto,  
sin fé, los parpados rojos,  
clavé en la tierra mis ojos,  
y solo encontré un desierto.  
Pasaron días y el pasmo  
pásó también de mi mal...  
Ahora al sarcasmo social  
respondo con mi sarcasmo.  
Y guardo tan vigilante  
el tesoro de mi pena,  
que está mi frente serena,  
y es mi sonrisa punzante.  
En mi ficción, Esperanza,  
todas mis delicias fundo ..  
así, que no sepa el mundo,  
por Dios, esta confianza.  
Pierda usted todo temor,  
y conozca, amigo mio,  
que de su mal no me rio,

ESPER.

que comprendo su dolor  
Yo tambien, pobre de mí,  
llena de fé y de ternura,  
del cáliz de la amargura  
hasta los heces bebí.  
A los tiernos quince años  
me hirió la ruda tormenta;  
iba de dicha sedienta,  
y solo hallé desengaños.  
Un enemigo mortal  
hallé en mi propio marido,  
en uu esposo escogido  
por la mano paternal.  
Sin borrascosas pasiones,  
pero sin dicha ninguna,  
vi pasar una por una  
mis doradas ilusiones.  
Y con el corazon yerto,  
con dudas y con enojos,  
do quier que puse los ojos  
tambien encontré un desierto.  
Diez años de guerra cruda  
hora por hora pasé:  
á los diez años me hallé  
huérfana, sola, viuda.  
Dueña de mi voluntad  
busqué el bien y la alegría,  
pero siempre descubria  
el tédio, la soledad.  
Y el dolor que hallaba en mí,  
mas fuerte, con mas pujanza,  
era la desconfianza  
que en diez años aprendí.  
El tédio me consumia,  
me abrumaba tanto, tanto,  
que eché menos hasta el llanto  
que de mis ojos corria.  
Hasta que al fin, resignada,  
ví extinguirse todo ardor;

perdí mi acerbo dolor;  
pero no me quedó nada.  
En tan delicioso estado  
de desaliento y hastío  
aute el mundo me sonrió;  
y el mundo vive engañado.  
Si es que el mundo para en mí  
su atención un solo instante;  
que el mundo es poco galante  
con quien es muy pobre.

ANDRAD. Sí.

ESPER. Con tan franca confesion  
pago á usted su confianza.  
Pobre soy, pero...

ANDRAD. Esperanza,  
tiene usted gran corazon.  
Y quien logre entrar en él...

ESPER. Tendrá pequeño tesoro.

ANDRAD. Le sobra, señora, el oro.

ESPER. Mas le falta el oropel.

ANDRAD. Manto que cubre esqueletos.

ESPER. Pero tiene tal encanto  
que va el mundo tras el manto  
sin descubrir sus secretos.

ANDRAD. ¡Esperanza!

ESPER. No hablo mas.

ANDRAD. ¿Quién sabe?.. Nuestros dolores  
quizás alfombras de flores  
al fin se encuentren.

ESPER. Quizás.

ANDRAD. Y si una ilusion bendita,  
en hora propicia, brota  
del alma llagada y rota,  
y no muere...



JUANA. Serán hermosas.  
ESPER. ¿Le gustan á usted las flores?  
JUANA. Mucho.  
ESPER. Nadie lo diría.  
JUANA. No comprendo la razon.  
ESPER. Es una estraña aprension  
que traigo de... Andalucia.  
Y pues es mi aprension vaná,  
de su aplicacion reniego.  
¿Vamos á la estufa?  
JUANA. Luego.  
ESPER. (Con ironía).  
Tome usted mi brazo, Juana.

## ESCENA VIII.

ANDRADE.—DON PASCUAL.

PASC. Ya que se han ido las niñas,  
y que nos hallamos solos,  
diré á usted en confianza  
lo que desde anoche noto.  
ANDRAD. Señor don Pascual, si hablarme  
pretende usted de negocios,  
debo advertirle, que soy  
mercantilmente muy topo,  
y perderá usted conmigo  
un tiempo quizás precioso.  
PASC. Se equivoca usted; no trato  
de hablarle de los embrollos  
bursátiles, que mejor  
que usted sin duda conozco.  
ANDRAD. Entonces, hábleme usted,  
pues á escucharle estoy pronto.  
PASC. Me parece que mi hija  
profesa profundo ódio  
á esa jóven andaluza.  
ANDRAD. Se engaña usted,  
PASC. ¿Me equivoco?

ANDRAD. Si señor. Su hija de usted,  
que ha de heredar mucho oro,  
y cifra todo su orgullo  
en llevar ricos adornos,  
á esa jóven mal vestida  
y pobre tiene en muy poco.

PASC. Pues mire usted, sus pañales  
fueron escasos y toscos,  
que no vienen sus riquezas  
heredadas de abolorio.

ANDRAD. Por esa misma razon  
de su desden no me asombro,  
pues el rico improvisado  
es siempre el mas vanidoso.  
No lo digo por usted;  
que la franqueza en su abono  
tiene, pero sin rodeos  
á su pregunta respondo.

PASC. No me doy por agraviado,  
y hasta con gusto le oigo.  
Ahora hablemos de otro asunto.

ANDRAD. Diga usted.

PASC. Voy á ser corto,

La prima de la condesa,  
amigo, tiené dos ojos,  
que al hombre de mas razon  
pueden muy bien volver loco.  
Yo los he visto y confieso  
que, con mis cincuenta y ocho  
de pico, me están causando  
un bien marcado trastorno.

ANDRAD. ¿Y qué?

PASC. Esperanza es viuda,  
yo viudo, aunque no mozo;  
y pudiéramos pasar  
á un segundo matrimonio.

ANDRAD. Imposible.

PASC. No lo veo  
tam imposible, que otros

mas desiguales se fraguan,  
y soy un buen acomodo.

ANDRAD. Ella es mas jóven ..

PASC.

Y yo

mas talegas atesoro;  
y si ha de vivir á espensas  
de parentescos remotos,  
no hará tan mal, aceptando  
mi fortuna y mi consorcio,  
aunque tenga que reunir  
su primavera á mi otoño.

ANDRAD. Tiene usted razon; yo estaba  
poco atento, y reconozco  
que es posible, y hasta fácil  
que cumpla usted su propósito.

Una jóven desvalida  
debe recibir con gozo  
la mano de quien la ofrece  
un porvenir venturoso;  
pues la ventura se encierra,  
dejando aparte á los tontos,  
en aturdirse tirando  
unos puñados de oro.

PASC. ¿Acabamos por estar  
conformes?

ANDRAD. Sin dudá; en todo.

PASC. ¿Y debo poner en planta  
mi resolucion?

ANDRAD. Otorgo.

PASC. Para dar el primer paso,  
¿qué debo hacer?

ANDRAD. Hay mil modos.

Si no quiere usted rodeos,  
háblela usted.

PASC. No me opongo,  
pero quisiera evitar  
recibir algun sonrojo.

ANDRAD. Hable usted a la condesa.

PASC. Ese es un medio famoso,

y antes de cinco minutos  
voy, y en práctica lo pongo.  
Allí están. Venga usted ..

ANDRAD. No. Yo me quedo.

PASC. Pues yo corro.

## ESCENA IX.

ANDRADE.

Don Pascual?... A dónde voy?  
¿Pretenderé, por ventura,  
alguna nueva locura  
hacer?... Sí, sí; loco estoy.  
Como loco pretendí  
á don Pascual de su intento  
separar; pero al momento  
triunfó la razon en mi.  
Mis palabras retiré;  
dí pábulo á su afición,  
y triunfando la razon,  
yo de mí mismo triunfé:  
porque mi esperanza incierta  
era el iris de bonanza;  
pura y hermosa esperanza;  
apenas nacida muerta.  
Huye: mi enemiga suerte  
no me deja acariciarte;  
¿de qué me sirve adorarte,  
si al fin tengo que perderte!..  
Ahogar al nacer me toca  
esta dorada ilusion;  
no saldrá del corazon,  
yo lo aseguro, á la boca.  
Pues esta ilusion ahogada  
menos pesará en mi vida  
que una esperanza perdida  
despues de haber sido amada.  
(Pausa).

Lejos de mí la importuna  
vacilacion; esto es hecho.  
Yo no tenia derecho  
para impedir su fortuna.  
Debo mostrar alegría,  
estar contento. Ese hombre  
la ofrece riquezas, nombre...  
¿Y yo, qué la ofrecería?  
Mi constante adoracion,  
pan con mi sudor ganado,  
el mas humilde tocado  
y el mas leal corazon.  
El tesoro de mi fé  
es un dudoso tesoro...  
se vé el fausto, se vé el oro,  
y el corazon no se vé.

## ESCENA X.

ANDRADE.—EL VIZCONDE.

- VIZCOND. ¿Qué hace usted, Andrade amigo.  
tan retirado y tan solo?..  
¿Conversa usted con Apolo?...  
ANDRAD. No, vizconde, hablo conmigo.  
VIZCOND. Monólogos.  
ANDRAD. Si señor.  
VIZCOND. Son indicios de locura.  
ANDRAD. ¿Sí?  
VIZCOND. O señal cierta y segura...  
ANDRAD. ¿De qué, vizconde?  
VIZCOND. De amor,  
ANDRAD. Pues hará usted, si no es vana  
su dialéctica sutil,  
mil monólogos y mil.  
VIZCOND. ¿Por quién, Andrade?  
ANDRAD. Por Juana.  
VIZCOND. No tantos.  
ANDRAD. Segun yo creo,

la tiene usted por su norte,  
y ocupa á toda la córte  
tan público galanteo.  
Y como son tan cuantiosos  
sus conocidos caudales,  
ya que no dos mil rivales,  
tiene usted mil envidiosos.  
Gente interesada y ruin,  
de la que hay larga cosecha,  
que, si no halla entrada, acecha  
á la puerta del festin.  
Mas no debe usted temer,  
disfrutando sus favores,  
que no cambiará de amores.  
tan delicada mujer.

VIZCOND. ¿Gusta usted de ella?

ANDRAD. Mi afan  
por servirla lo pregoná.

VIZCOND. Le endosaré su persona,  
si me sale bien un plan.

ANDRAD. ¿Plan?

VIZCOND. Magnifico; atrevido.

ANDRAD. ¿Y probable?

VIZCOND. Ciertamente.

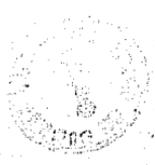
Vendrá á usted perfectamente,  
Juana, porque es buen partido.  
Aunque, á la verdad, creia,  
que el ídolo de usted era  
esa pobre forastera  
llegada de Andalucía.

ANDRAD. ¿Esperanza?

VIZCOND. Sí.

ANDRAD. Es error.

VIZCOND. Lo confieso. Aunque la sobre-  
hermosura, es harto pobre  
para inspirar mucho amor.  
Y un hombre de buen talento  
prefiere, cosa es segura,  
á la mayor hermosura



titulos del tres por ciento.  
¿No es cierto?  
ANDRAD. Pienso que sí.  
VIZCOND. Trataremos de la empresa.  
ANDRAD. Bien.  
VIZCOND. Me envía la condesa  
á buscar á usted aquí.  
Está en la éstufa.  
ANDRAD. (Marchándose). Sé en dónde  
está.  
VIZCOND. ¿Se marcha usted?  
ANDRAD. Pues.  
Voy á ponerme á sus piés.  
(Vase).  
VIZCOND. Vámonos juntos.

## ESCENA XI.

EL VIZCONDE.—DON ANSELMO.

ANSEL. Vizconde.  
VIZCOND. ¿Está la cruz despachada?  
ANSEL. ¿Ha venido el conde?  
VIZCOND. No.  
ANSEL. ¿Ha hablado usted con él?  
VIZCOND. ¿Yo?  
ANSEL. Usted.  
VIZCOND. No le he dicho nada.  
ANSEL. ¿Es posible?  
VIZCOND. Talavera,  
no comprendo por quien soy...  
ANSEL. ¿No comprende usted que estoy  
á esta fecha sin cartera?  
VIZCOND. ¿Es posible?  
ANSEL. Sí, señor;  
y me dá sérios cuidados.  
ver que hay ministros nombrados.  
VIZCOND. ¿Antes que usted?

ANSEL.

Si.

VIZCOND.

¡Qué horror!

¿Pero el conde le habrá hecho  
proposiciones?

ANSEL.

No tal.

VIZCOND.

Pues el negocio va mal.

ANSEL.

¿Lo sabe usted?

VIZCOND.

Lo sospecho.

ANSEL.

Por usted me quedaré  
fuera, vizconde: de fiijo.

VIZCOND.

Talavera, usted me dijo  
que no era tiempo, y callé

ANSEL.

En ese silencio fundo  
el motivo de mi pena.

VIZCOND.

¿Pues mas pronta enhorabuena  
cuándo se ha dado en el mundo?

ANSEL.

De tal precipitacion  
hoy mi destino reniega,  
y es preciso...

VIZCOND.

Gente llega.

Yo buscaré otra ocasion.

## ESCENA XII.

DICHOS.—LA CONDESA, con DON PASCUAL.—ESPERANZA, á quien habla ANDRADE.—JUANA sola y de mal humor.

CONDES.

(A don Pascual).

Bien; hablaremos despues.

PASC.

(A la condesa).

Yo cumpliré lo ofrecido.

CONDES.

Talavera, bien venido.

¿Bueno?

(Hablan la condesa y don Anselmo).

ANSEL.

Beso á usted los pies.

ESPER.

(A Andrade).

Me parece usted mas triste  
que estaba.

ANDRAD.

(A Esperanza).

- Lo mismo estoy.
- ESPER. ¿Siempre igual?
- ANDRAD. Muy igual soy.  
(Hablan Andrade y Esperanza).
- VIZCOND. (Llegándose á Juana).  
¿Se divierte usted?
- JUANA. (Al vizconde).  
Qué chisto.
- VIZCOND. Alguna indulgencia espero,  
si por error he pecado.  
¿Qué tiene usted, qué ha pasado?
- JUANA. Que ese Andrade es muy grosero.  
(Hablan el vizconde y Juana).
- PASC. (Separando á Andrade de Esperanza).  
He hablado con la condesa.
- ANDRAD. ¿Y oyó la proposicion?...  
PASC. Con gusto y con atencion.
- ANDRAD. ¿Y la aplaude?
- PASC. Se interesa  
por mí.
- ANDRAD. ¿Promete?...  
PASC. Cabal.
- ANDRAD. ¿Insiste usted?
- PASC. Yo no cejo.  
Mil gracias por el consejo.
- ANDRAD. No hay de qué, señor de Real.
- PASC. Si hay dudas, toco el registro.  
del conde, y tendré la mano  
de la viudita.

### ESCENA XIII.

DICHOS.—EL CONDE, vestido de corte.

- CONDES. (A don Anselmo).  
Mi hermano.
- PASC. (Dejando á Andrade).  
El señor conde.
- ANSEL. (Llegándose al conde).

El ministro.

- VIZCOND. (A don Anselmo).  
Doy á usted la enhorabuena...
- ANSEL. (Bajo al vizconde).  
No es ocasion todavia.
- CONDE. (Al vizconde).  
¿Qué decia usted?
- VIZCOND. Decia,  
que muestra esa faz serena  
la dulce satisfaccion  
del hombre que ha completado  
su ministerio.
- CONDE. No he dado  
fin á mi combinacion
- ANSEL. Magnífico.
- CONDE. No lo creo.
- ANSEL. Bajo cierto aspecto, sí.
- CONDE. Andar de aquí para allí  
me cansa, y no lo deseo.  
Con Estado presidente  
soy, ministro de Justicia  
tengo, y el de la Milicia  
me ha dicho que está corriente.  
Para la Gobernacion  
con un buen amigo cuento,  
y hay quien tome el de Fomento  
sin la menor discusion.  
Para Marina no falta;  
pero es grave la contienda  
cuando trato de la Hacienda,  
y en ello el temor me asalta.
- ANSEL. Ramo de grande interés  
es de compromiso mucho.  
Requiere un hombre muy ducho,  
y de gran crédito.
- CONDE. Pues.
- He hablado á Monto, y se niega.
- ANSEL. Pues no pierde usted gran cosa.
- CONDE. Se resiste Carrascosa.

- ANSEL. Ese si alcanza no llega.  
CONDE. Y sudo y me desespero...  
ANSEL. Con muchísima razon;  
porque aqui la gran cuestion  
es la cuestion del dinero.  
PASC. Eso digo yo.  
ANSEL. Y asi  
hombre falta que demuestre  
cómo cubrirá el semestre  
y abrirá créditos  
CONDE. Si.  
Mas no descubro ese hombre,  
y, á la verdad no sosiego.  
ANSEL. (No repara en mí. Está ciego).  
CONDE. Si yo...  
ANSEL. (Al vizconde).  
Suelte usted mi nombre.  
VIZCOND. Don Anselmo Talavera.  
CONDE. ¿Qué me dice usted?  
VIZCOND. Decia...  
ANSEL. El vizconde me daría  
de buen grado la Cartera.  
VIZCOND. (A don Anselmo).  
¿Hablé á tiempo?  
ANSEL. Si.  
CONDE. Es verdad.  
No habia en ello pensado.  
¿Usted es un diputado  
de cierta celebridad?  
ANSEL. Sí.  
CONDE. ¿Hacendista?  
ANSEL. Conocido.  
CONDE. ¿Orador?  
ANSEL. No despreciable.  
CONDE. ¿Discutidor?  
ANSEL. Formidable.  
CONDE. ¿Emprendedor?  
ANSEL. Atrevido.  
CONDE. ¿Monárquico?

- ANSEL. Verdadero.
- CONDE. ¿Hombre de nervio?
- ANSEL. Y teson.
- CONDE. ¿Y, tocante á la cuestion grave, tendremos dinero?
- ANSEL. Mil millones como un real.
- CONDE. ¿Estará esa fuerte suma en la caja ó en la pluma?
- ANSEL. Que lo diga don Pascual.
- PASC. (Dudoso).  
Hombre...
- ANSEL. (Bajo á don Pascual).  
Diga usted que sí.
- PASC. (Bajo á don Anselmo).  
¿Tendré un interés deconte?...
- ANSEL. (Bajo á don Pascual).  
Un quince.
- PASC. (Bajo á don Anselmo).  
Es poco.
- ANSEL. (Bajo á don Pascual).  
O un veinte.
- PASC. De fijo, á juzgar por mí.
- CONDE. (A don Anselmo).  
Me saca usted de un apuro;  
si á su oferta corresponde.
- ANSEL. Somos compañeros, conde.
- CONDE. Lo seremos de seguro.
- ANSEL. Tengo la formal promesa...
- CONDE. De un hombre formal y sério.
- CONDES. A pesar del Ministerio,  
podemos ir á la mesa.  
Que el viento sopla cruel,  
y puede darnos en suma  
dos ministros con reuma,  
si no nos guardamos de él.

ESCENA XIV:

DON ANSELMO, que se coje del brazo del CONDE.—DON PASCUAL, da el brazo á la CONDESA.—EL VIZCONDE presenta el suyo á JUANA.—ESPERANZA Y ANDRADE se acercan.—MARTIN se presenta con una bandeja de plata, trayendo en ella cuatro esqueses muy elegantes.

MARTIN. (Presentando la bandeja á la condesa).

Un lacayo con librea  
estas esqueses me ha dado.

CONDES. (Toma las esqueses, da una al Conde, otra á don Anselmo, otra al Vizcondé y otra á don Pascual).

Una circular. Cuidado  
me causa.

JUANA. Puede que sea...

VIZCOND. (Después de haber leído).

Una esquesa de atencion,  
de la hermosa duquesita  
del Alcázar, on que invita  
á su primera reunion.

CONDE. Cierto.

ANSEL. Sí.

PASC. No tiene duda.

JUANA. (Echando una mirada de desden á Andrade).

Que cortés es la duquesa.

VIZCOND. Ya está en la córte, condesa;  
nuestra opulenta viuda.

CONDES. Así parece.

VIZCOND. En su casa

nos veremos todos.

JUANA. (Echando una mirada á Andrade y á Esperanza).

No.

ANDRAD. Señores, faltaré yo.

JUANA. (Al vizconde).

De envidia el pobre se abrasa.

CONDES. Será una brillante fiesta,  
de gran lujo y de buen tono.

VIZCOND. Sí.

CONDES. Vizconde, no perdono.  
recuérdelo usted, mi apuesta.  
(Van entrando).

ESPER. ¿Siente usted no haber tenido  
invitación?

ANDRAD. Yo creía  
que usted me comprendería,  
pero no me ha comprendido.

ESPER. Se ofende usted sin razón.

ANDRAD. He replicado en mal hora.  
No me ofendo.

ESPER. Sí.

ANDRAD. Señora,  
tengo...

ESPER. Orgullo...

ANDRAD. Y corazón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

Un elegante gabinete en el palacio de la duquesa del Alcázar, amueblado con el mayor lujo, con dos puertas colaterales y una en el fondo, que dá paso á varios salones profusamente iluminados.

### ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE.—DON PASCUAL.

VIZCOND. Es preciso confesar  
que nuestra duquesa tiene  
un humor muy caprichoso  
y un carácter muy alegre.  
Inaugura sus salones,  
pero á las damas previene  
que han de venir disfrazadas,  
para que embromen y enroden:  
y ella misma aprovechando  
la gran libertad que ofrece,  
al amparo del disfraz  
el incógnito mantiene.

PASC. ¿Usted, amigo vizconde,  
que trata con estas gentes  
de igual á igual, la habrá visto  
antes?

VIZCOND. No. Vine á ofrecerme

esta mañana, y no pude lograr que me recibiese.

PASC. ¿De modo que está eclipsada la duquesa?

VIZCOND. Ciertamente.

PASC. Hace bien; yo en su lugar lo mismo haría: que penen.

VIZCOND. Sí; pero todos estamos, por conocerla, impacientes.

PASC. Menos yo: me han recibido bien, he admirado los muebles, y, para apagar la sed, he tomado dos sorbetes.

VIZCOND. Usted tiene la cabeza medio cubierta de nieve, y no sabe cuanto incita un misterio como este.

PASC. Poco á poco, amigo mio, aunque Navidades lleve, cada cual tiene su alma en su armario; y al presente mi sangre no está tan fria como á usted se lo parece. Tambien traigo yo al sarao mi intriga.

VIZCOND. ¿De gabinete?

PASC. Este es un cuento de cuentos, qué se sabrá cuando llegue la ocasion.

VIZCOND. Hace usted bien en callar como prudente. Pero silencio. Dos máscaras en nuestra direccion vienen.

## ESCENA II.

DICHOS.—LA CONDESA Y JUANA con cartas.

- CONDES. Vengo en tu busca, vizconde.  
VIZCOND. ¿Si?  
CONDES. Sí.  
VIZCOND. ¿Para qué me quieres?  
CONDES. Para reñirte.  
VIZCOND. ¿De veras?  
CONDES. Sí: de veras y muy fuerte.  
VIZCOND. ¿Por qué motivo?  
CONDES. Porque  
cumple muy mal lo que ofreces.  
PASC. Máscara, ¿te ha prometido  
algun amor indeleble?  
JUANA. Capaz será de ofrecerlo  
una misma noche á siete.  
CONDES. No le pido amor; se trata  
de un empeño muy solemne.  
VIZCOND. ¿Y te he faltado?  
CONDES. Has faltado,  
hombre sin fé.  
VIZCOND. Dí quién eres.  
CONDES. No es tiempo. ¿Cumple así un grande  
de España lo que promete?  
VIZCOND. Pero espícate, y sabremos  
si tienes razon.  
CONDES. ¿Qué tienes  
en las manos?  
VIZCOND. Unos guantes.  
CONDES. ¿Y nada más?  
VIZCOND. Al presente  
nada más.  
CONDES. Bien.  
VIZCOND. El sombrero  
tengo también. ¿Qué más quieres?  
CONDES. Una cajita.

- VIZCOND. ¡Condesal...
- CONDES. Me has descubierto imprudente.  
(Se quita la máscara).
- VIZCOND. Perdóneme usted.
- CONDES. Perdono  
la indiscrecion; pues no tienen  
las señoras de mi edad  
pretensiones á esconderse;  
pero tocante á los dulces  
no cedo.
- PASC. Que los entregue.
- JUANA. Que los pague.
- VIZCOND. No he perdido...
- CONDES. No encontrará quien le apueste,  
si usted de tales empeños,  
vizconde, se desentiende.
- VIZCOND. Pero señora...
- JUANA. (Quitándose la máscara).  
Vizconde,  
justo es que pague quien pierde.
- VIZCOND. Si yo no he perdido...
- CONDES. Vamos,  
usted se empeña en que cuenta  
con todos sus pormenores  
nuestra apuesta.
- VIZCOND. No.
- CONDES. Si es ese  
su gusto, empezaré el cuento  
tan solo por complacerle.
- VIZCOND. ¿Usted dice que he perdido?
- CONDES. Sí.
- VIZCOND. Pues pagaré.
- CONDES. Corriente.
- JUANA. (Al vizconde).  
¿Interesa á usted que el cuento,  
vizconde, secreto quede?
- VIZCOND. Fué una broma.
- CONDES. Fué una broma.
- PASC. Pesada, segun parece,

VIZCOND. (Solo me falta que Juana en graves sospechas entre, y, esperando á la duquesa, la rica heredera vuele).

CONDES. ¿Se queda usted pensativo?

VIZCOND. No, condesa.

JUANA. Mucho tome usted que el cuento...

VIZCOND. Juanita...

### ESCENA III.

DICHOS.—DON ANSELMO.

ANSEL. (Las dos han dado y no viene el conde). Señoras...

CONDES. Tarde

llega usted.

ANSEL. La mucha gente me ha tenido en los salones casi sin poder moverme, ¿Han visto ustedes al conde?

PASC. El presuntó presidente sin duda la última mano anda dando al gabinete.

CONDES. ¿Qué dice usted de la fiesta?

ANSEL. Yo confieso que no puede ser el templo mas brillante; mas la deidad no parece.

JUANA. Con razon mostraba pena ese pobre Andrade, al verse, no sin razon, escluido de tan brillantes placeres.

VIZCOND. Hacen bien en alejarlos de aquello que no comprenden.

CONDES. Recomendando á usted, vizconde, caridad con los ausentes.

VIZCOND. ¿Y, á la verdad, qué papel haria aqui?

CONDES. Quién sabe: suelen  
las personas como Andrade  
hacer muy buenos papeles.

## ESCENA IV.

DICHOS.—ANDRADE.

PASC. (Señalando á Andrade que entra).  
Hablando del ruin de Roma...

ANDRAD. El ruin aparece.

PASC. Sí.

ANDRAD. Hablando ustedes de mí...

PASC. Digo yo... por allí asoma.

ANDRAD. Gracias por tanta amistad.

JUANA. Recordábamos la escena  
del jardín.

ANDRAD. Mi amarga pena,  
mi desconsuelo... es verdad.  
Pasa el acerbo cuidado,  
pasan penas destructoras,  
y Dios mejora sus horas.

VIZCOND. ¿Pero cómo se ha ingeniado  
usted?

ANDRAD. Con astucia harta,  
y en el modo se revela.  
Usted recibió una esquela,  
y yo recibí una carta,

VIZCOND. ¿Una carta?

ANDRAD. Sí, señor.

JUANA. ¿De nuestra duquesa?

ANDRAD. Pues.

Escrita en papel inglés,  
y cerrada con primor.

JUANA. ¿Escrita por ella?

ANDRAD. Es claro.

VIZCOND. Es admirable.

CONDES. Pues no  
hay duda.

- ANSEL. Es muy raro.
- CONDES. Yo  
no encuentro nada de raro.
- ANDRAD. Yo tampoco.
- PASC. ¿Qué decía  
el billetito en cuestion?
- ANDRAD. Nada: era una invitacion  
hecha con gran cortesía.
- JUANA. Tuviera un placer formal  
en ver la carta; lo digo.
- ANDRAD. Pues la carta está conmigo,  
que al fin es mi credencial,  
y la guardo con razon,  
pues entre gentes me encuentro  
que quieren saber si entro  
con formal invitacion,
- PASC. Yo no dudo...
- ANDRAD. Puede ser.  
Mas no faltará, quizás,  
quien, como santo Tomás,  
nos diga, *ver y creer*.
- CONDES. Por si hay quien la duda parta  
de Juana, pienso en rigor,  
que debe ser lo mejor  
que nos lea usted la carta.
- ANDRAD. Condesa...
- CONDES. Yo lo deseo.
- (A Andradé).  
(No hay ningun inconveniente).
- ANDRAD. Si usted se empeña, corriente  
Oigan ustedes, yo leo.  
(Lee).  
«Me tomo la libertad,  
»porque en su bondad confio,  
»de ofrecerle, amigo mio,  
»mi casa y mi sociedad.  
»Para mi la aceptacion  
»de usted, será de gran precio...  
»Ver quiero entre tanto nécio

»un hombre de corazón.»

(Entrega la carta al Vizconde).

VIZCOND. Aquí firma la duquesa.

ANDRAD. Su nombre, al menos, está.

Usted, vizconde, sabrá

si es ó no su letra esa.

VIZCOND. No la conozco.

CONDES. (Toma la carta, la mira, y la devuelve á Andrade),

Yo sí.

PASC. Pues no sacude de récio.

¿Dirá lo de tanto nécio?...

VIZCOND. ¿Por?...

PASC. Por usted y por mí.

CONDES. No pronuncia ningun nombre,

señores, y á nadie agravia.

PASC. Reserva prudente y sábia.

VIZCOND. Yo protesto...

CONDES. Vamos, hombre.

Pasa usted tiempo y estoy

sin la caja prometida.

VIZCOND. No está la puesta perdida.

CONDES. Paga usted ó hablo.

VIZCOND. Me voy.

CONDES. Espere usted un instante:

la reserva me prometo

de antemano, y un secreto

les diré muy importante.

VIZCOND. ¿A todos nos interesa?

CONDES. Así debe suceder.

Van ustedes á saber

el traje de la duquesa.

VIZCOND. ¡Bravo!

CONDES. Lleva un dominó  
negro, con un lazo hecho  
de blanco y grana; en el pecho  
una camelia.

VIZCOND. Pues yo

la he visto cruzar.

CONDES. Es blanca

la camelia.

VIZCOND.

Buen indicio.

CONDES.

Que no me pare perjuicio  
el haber sido tan franca.

Vamos, Juana, que la orquesta  
convida.

VIZCOND.

Una polka...

JUANA.

No.

CONDES.

Muy pronto se le olvidó  
que ha de pagarme mi apuesta.

(Don Anselmo da el brazo á la condesa, y el vizconde se va por  
otro lado).

## ESCENA V.

DON PASCUAL.—ANDRADE.

PASC.

Pues señor, la duquesita  
no nos muestra grande aprecio.

ANDRAD.

¿Por qué?

PASC.

Lo de tanto nécio...

ANDRAD.

¿Se enoja usted?

PASC.

No me irrita.

ANDRAD.

Por esa turba enfadosa  
lo dice, sin duda.

PASC.

Sí.

Y aunque lo diga por mí  
no se me dará gran cosa.  
Yo al proverbio me remonto,  
sin tomarme grave afán,  
y digo con el refrán  
*dame pan y dime tonto.*

Por lo demás considero  
que mi talento no es malo,  
cuando, para mí regalo,  
cuento con mucho dinero.  
Y mi orgullo no maltrata  
con su desden ó ironía,  
quien, dándome tontería,

me deja recoger plata.  
Tomo el mundo como es  
y á sus gustos me acomodo.  
Soy filósofo á mi modo.

ANDRAD. Mas que muchos sábios.

PASC. Pues.

Quien bien su fortuna labra  
no aspire á mayor empresa.

ANDRAD. ¿Respondió á usted la condesa?

PASC. No señor, ni una palabra.

ANDRAD. ¿Y usted ha instado?

PASC. Tampoco.

ANDRAD. No entiendo.

PASC. Mostrar premura.

fuera una grande locura,  
y yo amigo, no estoy loco.  
Todo buen negociador  
debe quedarse reacio;  
y quien marcha mas despacio  
llega al término mejor.

ANDRAD. He andado en contratos mil  
¿Y al logro de sus pasiones  
le da usted las proporciones  
de un contrato mercantil?

PASC. Obro exactamente igual  
en el matrimonial trato,  
que en celebrar un contrato  
sobre el tabaco ó la sal.

ANDRAD. Mostraba usted mas calor  
ayer.

PASC. Es verdad: me gusta;  
pero la venda me asusta  
que le ponen al amor.  
A ojos claros, yo mi ofrenda  
presento bien calculada.  
Si no le acomoda, nada.  
yo no quiero amor con venda.  
Mas ya perdemos aquí  
el tiempo en vanas razones...

¿Vámonos á los salones,  
que llega el vizconde?

ANDRAD. Sí.

PASC. La caja de la condesa  
trae, y no es de poco precio.  
¿Y este prójimo es un necio?

ANDRAD. Sí, de los de la duquesa.

## ESCENA VI.

EL VIZCONDE.

Gran figura haré con esta  
rica y monumental caja,  
completa escusabaraja.  
que me han trasformado en cesta.  
Me he resignado muy pronto  
á pagar, por vida mia.  
Estaba Juana y temia  
que supiese... Soy un tonto.  
Me enredo y no sé por donde  
salir de este laberinto:  
no poseo ni el instinto  
que tiene un perro...

## ESCENA VII.

EL VIZCONDE.—JUANA.

JUANA. Vizconde.

VIZCOND. (Esto faltaba). Juanita.  
(Medio esconde la caja).

JUANA. ¿Cómo así tan retraido?

VIZCOND. Estoy cansado, molido:  
usted si que está bonita.

JUANA. Gracias. ¿No balla usted?

VIZCOND. No.

El bullicio me molesta.

JUANA. ¿Por qué esconde usted la cesta?

- VIZCOND. ¿La oculta usted de mí?  
Yo...
- JUANA. Sé que no puede usted darme  
ni una almendra sin permiso.  
y no tiene el compromiso  
por lo tanto, de brindarme
- VIZCOND. ¡Juana!
- JUANA. No exijo disculpa.  
Quien impuso la sentencia,  
pues carga la penitencia,  
basta que sepa la culpa.  
No pretendo esplicacion.
- VIZCOND. Juanita...
- JUANA. Se la rechazo.
- VIZCOND. Pero...
- JUANA. Deme usted el brazo  
hasta llegar al salón.  
(Coje el brazo del vizconde).

## ESCENA VIII.

EL VIZCONDE.—JUANA.—ESPERANZA, con un dominó como el que ha descrito la condesa. y una camelia blanca en el pecho, por la puerta de la derecha, y don ANSELMO á la puerta del foro.

- VIZCOND. Me causa, Juana, sorpresa  
tan excesivo rigor,  
cuando usted sabe el amor  
que me inspira.  
(Viendo á Esperanza).  
(¡La duquesa!)
- ANSEL. (Al vizconde).  
¿Sabe usted si vino el conde?
- VIZCOND. No señor.
- ANSEL. Me ha dado cita.
- VIZCOND. (Retirando el brazo).  
Sí. Lleve usted á Juanita  
al salón.
- ANSEL. ¡Pero vizconde!..

VIZCOND. Me hace gran daño el calor.

ANSEL. Yo no puedo.

VIZCOND. (Talavera,  
he dado á usted la cartera;  
pido favor por favor).  
(Hace que Talavera dé el brazo á Juana).

## ESCENA IX.

### EL VIZCONDE.—ESPERANZA.

ESPER. Vizconde.

VIZCOND. Máscara hermosa.

ESPER. ¿Quién te ha dicho mi hermosura?  
Con mascarilla me alabas,  
y sin ella quizás huyas.

VIZCOND. Si temes que te abandone,  
puedes estar muy segura  
que me inclinaré á tu polo,  
como el imán de la brújula.

ESPER. ¿Por ventura, me conoces?

VIZCOND. Te conozco, por ventura;  
aunque debo contestar  
distinguiendo á tu pregunta.

ESPER. Distingue pues

VIZCOND. Te conozco  
de nombre, clase y alcurnia;  
pero tu rostro divino  
juro que no he visto nunca.

ESPER. Mal cristiano eres, vizconde;  
supuesto que en falso juras:  
y, por jurar mas en falso,  
todo lo cambias y truncas.

VIZCOND. ¿De que modo?

ESPER. Tu conoces,  
mi rostro, por mi fortuna,  
y mi origen, y mi clase,  
es lo que mas te se oculta.

VIZCOND. Bien. ¿Quieres tomar mi brazo?

ESPER. Para ello vengo en tu busca.  
Pero no me has de endosar  
como á Juana.

VIZCOND. No me arguyas  
de inconstante, porque dejo  
una nube por la luna.

ESPER. ¿Y si despues te parece  
que mi horizonte se nubla,  
me dejarás?

VIZCOND. No lo temas.

ESPER. ¿Por qué?

VIZCOND. Porque ya me alumbra  
de tus seductores ojos  
la clarísima luz pura.

ESPER. ¿Lo prometes?

VIZCOND. Lo prometo.

ESPER. Has disipado mis dudas,  
y, convencida, abandono  
esta máscara importuna.  
(Se descubre).

VIZCOND. (¿La provinciana!)

ESPER. ¿Qué tiene  
usted?

VIZCOND. Yo...

ESPER. ¿Por qué se turba?

VIZCOND. Señora...

ESPER. ¿La bella incógnita  
á faz descubierta asusta?

VIZCOND. No, señora. Pero...

ESPER. Vamos.

á disfrutar de la bulla  
de los salones; si aquí  
placer mayor no disfruta.

VIZCOND. Perdone usted; pero tengo  
mucho que hácer, y me abrumba...

ESPER. ¿Esa caja?... Es colosal,  
y de bombones ó frutas  
yo no sé cuantos quintales  
en su seno se sepultan.

Pero no importa.

VIZCOND.

Si he dicho...

ESPER. Yo haré que los distribuyan.

## ESCENA X.

DICHOS.—UNA MASCARA exactamente vestida como la última, que sale por la puerta izquierda.

VIZCOND. Si no puedo...

ESPER.

La promesa,

vizconde, ha sido una burla.

Yo me quejaré á mi prima...

VIZCOND. (Viendo á la máscara).

(¡La duquesa!)

ESPER.

(Cómo suda).

Y la diré...

VIZCOND. (Corriendo á la máscara y ofreciéndole el brazo).

No me importa.

## ESCENA XI.

ESPERANZA.

Ya le ha dado el brazo. Es mucha  
del buen vizconde del Tajo  
la gracia y la travesura.  
No ví corazon mas pobre  
ni cabeza mas estúpida.  
El hacendista. Corramos  
otro lance de fortuna.  
(Se cubre).

## ESCENA XII.

ESPERANZA.—DON ANSELMO.

ANSEL.

Tarda el Conde.

ESPER.

Talavera.

ANSEL. (La duquesa).  
ESPER. ¿Qué interrumpa

me permitirás tus largas meditaciones profundas?...

ANSEL. Sí: el deseo de agradarte es lo que mas me preocupa.

ESPER. Imposible: en tu cabeza gubernamental se empujan muchos proyectos bursatiles, se aglomeran muchas sumas, para que logre una máscara preocuparte.

ANSEL. Solo una ese influjo y privilegio, máscara hermosa, disfruta.

ESPER. ¿Y esa soy yo?...

ANSEL. Tú.

ESPER. ¿De veras?...

ANSEL. No cabe la menor duda.

ESPER. ¿Conóceme?

ANSEL. Por la fama.

ESPER. ¿Me favorece?

ANSEL. Te encumbra de la region de lo bello á la mas radiante altura.

ESPER. A veces la fama miente.

ANSEL. Ahora no miente.

ESPER. Me adulas.

ANSEL. Digo una pequeña parte de la pasion que está oculta en mi corazon.

ESPER. ¿Me quieres?

ANSEL. Con indecible ternura.

ESPER. ¡Ingrato!

ANSEL. ¿Cuándo te adoro soy ingrato?

ESPER. Sí: tu brusca declaracion, á otra dama de grandes prendas insulta.

- ANSEL. ¿Quién es?  
ESPER. La condesa.  
ANSEL. Juro...  
ESPER. No me vengas con excusas.  
Sé que la quieres.  
ANSEL. Su edad...  
ESPER. ¿Es?...  
ANSEL. Cincuenta.  
ESPER. La calumnias.  
ANSEL. No hablemos de ello.  
ESPER. Consiento.  
ANSEL. ¿Me harás un favor?  
ESPER. Sí.  
ANSEL. Escucha. El raso de tu careta  
es una nube.  
ESPER. Que oculta  
los mas esplendentes rayos  
de mi divina hermosura.  
¿No es así?  
ANSEL. Cierto.  
ESPER. ¿Y tu quieres  
que la negra nube huya?  
ANSEL. Te lo pido con el alma.  
ESPER. A tan amorosa súplica  
no he de resistir, y soy  
una servidora suya.  
(Descubriéndose).  
ANSEL. ¡Esperanza!  
ESPER. No esperada,  
y llovida de la luna.  
ANSEL. El dominó, la camelia  
y el lazo.  
ESPER. Lleva con suma  
gracia iguales otra máscara  
que es de mi misma estatura.  
Usted me tomó por ella  
en su ofuscación.  
ANSEL. Sin duda.  
ESPER. No hemos perdido gran cosa.

- ANSEL. Si; pero ha sido una burla...  
ESPER. Cuya impresion pasará  
con una polka mazurka.  
Vamos al salon.
- ANSEL. Señora,  
hombres que están á mi altura  
no bailan.
- ESPER. Pues pasearemos.
- ANSEL. No puede ser; ando en busca  
del conde.
- ESPER. Pues division  
total, y buena fortuna.

### ESCENA XIII.

#### ESPERANZA.

Estoy poniendo á mis gentes  
en precipitada fuga,  
y mas daño que una oruga  
hago en estos inocentes.  
Un dominó y un disfraz  
los encadena á mis piés,  
para dejarme despues  
cuando descubro la faz.  
Sometiendo uno por uno  
á esta costosa esperiencia,  
tras la realidad ninguno,  
Y su manera de obrar,  
tan sin tino, con tal prisa,  
si no me causara risa,  
quizás me hiciera llorar.  
Cada desengaño añade  
siempre una gota de hiel...  
¡Ay! ridiculo oropell...  
Esto importa mas. Andrade.  
(Cubriéndose).

ESCENA XIV.

ESPERANZA.—ANDRADE, que entra muy preocupado, y se deja caer en un sofá.

ANDRAD. (Doliciosa animacion para quien vaga perdido, y está solo, y tiene herido y sin fé su corazon. Tras una sombra me afané, y la sombra huye de mí. No ha venido; no está aquí... En vano la busco, en vano. Es pobre: no habrá tenido para fiesta tan brillante, ni un encaje, ni un diamante, ni, lo que es mas, un vestido. Es pobre; pero será, si quiere, rica, opulenta... Hará á sus solas la cuenta, y sin duda lo querrá. ¡Y yo la veré ¡infeliz! rica, en extraño poder?... Lo que yo debo querer es que sea muy feliz).

ESPER. Un hombre de corazon es aquel, y solo inspira, á quien atenta lo mira, la mas tierna compasion. Su abatimiento profundo, su mirada fija y torba, dicen bien claro que estorba el corazon en el mundo).  
¿Estás triste?

ANDRAD. (¡La duquesa!  
En mala ocasion la encuentro).  
No. máscara.

ESPER. ¿No es tu centro

el baile, no te interesa?

ANDRAD. Muchísimo. Su tropel  
y confusa gritería,  
me enagenan de alegría.

ESPER. ¿Y por que no estás en él?

ANDRAD. Estoy cansado.

ESPER. ¿Y no mas?

ANDRAD. Ningun disgusto me asalta.

ESPER. ¿Nada en el baile te falta?...

ANDRAD. Nada.

ESPER. Engañándome estás.

ANDRAD. No te engaño.

ESPER. ¿Por tu honor?

ANDRAD. ¿Sabes lo que pasa en mi  
mejor que yo?

ESPER. Quizás sí.

ANDRAD. ¿Lo sabes mejor?...

ESPER. Mejor.

ANDRAD. Muestras tal seguridad,  
que con asombro te escuche.

ESPER. Hablo así, porque sé mucho.

ANDRAD. ¿De mí?

ESPER. De tí.

ANDRAD. ¿Sí?

ESPER. Es verdad.

Sé que fuerzas no han quedado  
á tu corazon herido.

ANDRAD. ¿Mi corazon ha sufrido?

ESPER. Sí.

ANDRAD. Te equivocas.

ESPER. Cuidado.

Sé que sufres, y me pesa,  
pues tengo tu confianza.

ANDRAD. ¿Quién eres?

ESPER. (Descubriéndose).

Soy...

ANDRAD. (Con júbilo).

¡Esperanza!  
Creí que era usted la duquesa.

ESPER. ¿Y el cambio?...

ANDRAD. Aplaudo. Despues  
de horas largas de fatiga,  
encuentro una faz amiga.

ESPER. El alma tambien lo es.

ANDRAD. Con un ardor sin igual,  
y con constante cuidado,  
señora, la hemos buscado.

ESPER. ¿Usted y?...

ANDRAD. El señor de Real.

ESPER. Mi opulento pretendiente.

ANDRAD. Nada he dicho.

ESPER. Yo lo digo.

Bien puodo de hacer un amigo  
un discreto confidente.

ANDRAD. A usted su diestra y caudal  
ofrece como hombre honrado.

ESPER. (Con intencion).

¿Y sabe usted que he rehusado  
la diestra de don Pascual?

ANDRAD. (Con júbilo y duda).

¿Será cierto?

ESPER. Mi decoro

con esa du da se ofende,  
que esta mujer no se vende  
por un puñado de oro

ANDRAD. No es posible.

ESPER.

Piensa usted  
que quien con oro convida,  
á la pobre desvalida  
la hace muy grande merced.  
Y que, al presentar ufano  
don Pascual cuantiosa renta,  
debe encontrar puesta en venta,  
ya que no un alma, una mano.  
En tan comun opinion,  
no hallo nada que me asombre;  
eso piensa todo hombre,  
que no tiene corazon.

ANDRAD. Señora...

ESPER. Está el mundo así;  
todo el oro lo supera,  
y, como de otra cualquiera,  
ha pensado usted de mí.

ANDRAD. Esperanza...

ESPER. Usted dirá:  
»un banquero la suplica;  
»es pobre y puede ser rica,  
»no hay duda que lo será.  
»Aprovechará la hora,  
»y no perderá el tesoro.»  
Andrade, ¿por cuánto oro  
se vendicra usted?

ANDRAD. Señora...

ESPER. Usted recuerda, quizás,  
qué yo...

ANDRAD. No recuerdo nada.

ESPER. Yo he sido sacrificada,  
pero vendida jamás.

ANDRAD. Esperanza...

ESPER. Sus recelos...

ANDRAD. Tiene una explicación.

ESPER. Yo quiero saberla.

ANDRAD. Son...

ESPER. ¿Qué son?

ANDRAD. Hijos de mis celos.

ESPER. ¿Celos?

ANDRAD. Esperanza, sí.

Celos, cuya furia ardiente  
era un volcan en mi frente  
y en el alma un frenesí.  
Celos, mas devoradores  
por estar mas escondidos;  
al mismo tiempo nacidos  
que mis callados amores.  
Porque yo desde la hora  
en que admiré esa faz pura,  
tuve amor á su hermosura,

y tuve celos, señora.

ESPER. ¿Celos?

ANDRAD. Voraces.

ESPER. ¿De quién?

ANDRAD. Celos de la suerte mía,  
tan triste que me impedía  
aspirar al sumo bien.  
Celos de un ente ideal  
que hice nacer presuroso;  
celos del perdido esposo,  
celos del señor de Real.  
En mi delirio, lo juro,  
aglomeré de repente,  
en torno de lo presente,  
lo pasado y lo futuro.  
Y, para no gozar paz,  
ardientes celos tenía  
de quien esa voz oía,  
de quien miraba esa faz.

ESPER. ¿Sí?

ANDRAD. Un prestigio sobrehumano  
hace á mis ojos mas bella...  
la alfombra que ese pié huella...  
la flor que toca esa mano...  
Y es tan celoso el amor  
que á mi corazón devora,  
que en este instante, señora,  
tengo celos de esa flor.

ESPER. ¿Es posible?

ANDRAD. Es la verdad.  
Yo para vencerlos lidio;  
pero...

ESPER. ¿Qué?

ANDRAD. A esa flor envidio  
su inmensa felicidad.  
Y hasta tal punto mi estrella  
quiere darme amargos duelos,  
que de una flor tengo celos.

ESPER. (Dándosela).

- ANDRAD. No tenga usted celos de ella.  
ESPER. ¡Gracias!  
ANDRAD. ¿Se acaban así los celos? ¿Hay confianza?  
ESPER. Hay amor.  
ANDRAD. ¿Y tú?  
ESPER. ¡Esperanza!  
ANDRAD. ¿Qué mas quiere usted de mí?  
ESPER. ¿Yo? No espero nada mas que una mirada perdida para ofrecerla mi vida.  
ANDRAD. ¿Y no olvidarme?  
ESPER. Jamás!  
ANDRAD. ¿Y adivinar mi contento?  
ESPER. Sí.  
ANDRAD. ¿Y mis penas comprender?  
ESPER. Sí.  
ANDRAD. ¿Y en mis ojos leer?  
ESPER. Cuanto escriba el pensamiento.  
ANDRAD. ¿Y pensar con mi albedrío?  
ESPER. Una promesa de amor.  
ANDRAD. Bastante dice esa flor.  
ANDRAD. (Cogiendo la mano de Esperanza).  
¡Ah!  
ANSEL. (Al foro).  
No está el Conde.  
ESPER. ¡Dios mío!  
(Se cubre y se vá).

## ESCENA XV.

ANDRADE.—DON ANSELMO.—DON PASCUAL.

- PASC. (Llegándose á Andrade).  
Se fugó. Vendrá despues.  
Y parece buena presa.  
¿Por ventura es la duquesa?  
ANDRAD. Señor de Real es quien es.  
(Se va por el foro).

## ESCENA XVI.

DON ANSELMO.—DON PASCUAL.

PASC. ¿Qué vivora le ha picado?...  
O Andrade se ha vuelto loco,  
ó le debe faltar poco.  
¡Vive Dios! que me ha plantado.  
Tiene la cabeza vana  
porque habló con la duquesa  
libremente.

ANSEL. No era esa.

PASC. ¿Quién era?

ANSEL. La provinciana.

PASC. ¡Hombre!

ANSEL. Sí.

PASC. Pues es peor:

ANSEL. Y, si no ha andado muy listo,  
apretado se habrá visto  
para escapar de su amor.

PASC. ¿Qué dice usted?

ANSEL. Don Pascual,

con su máscara por venda,  
esta noche ha dado rienda

á un amor universal;  
Pero ni poco ni mucho

nos importa.

PASC. ¿A quién y en dónde  
mostró su amor?

ANSEL. Al Vizconde

y á mi aquí mismo.

PASC. ¡Qué escucho!

ANSEL. Era un diluvio, un turbion  
de palabras. ¡Qué charlar!...

Y al fin nos quiso llevar  
á lucirnos al salon.

PASC. (Buscará un marido, es llano:  
y vendrá á pedirme albricias

la condesa. Con noticias  
tales no le doy mi mano.  
Y la tenía afición  
yo, y para casarme estaba).

ANSEL. ¿En qué piensa usted?  
PASC. Pensaba

en nuestra negociacion.  
ANSEL. Mañana juro, pasado  
mañana firmo el decreto.  
¿Qué promete usted?

PASC. Prometo  
diez millones.

ANSEL. ¿Al contado?

PASC. Billete sobre billete.  
De comision...

ANSEL. Está bien,  
cuatro por ciento. El sosten  
es usted del gabinete.

PASC. Disponga usted, Talavera,  
de mi crédito y mi plata.  
¿Cuándo haremos la contrata?

ANSEL. La semana venidera.

PASC. Nada de licitacion.

ANSEL. Se supone. ¿Para qué?

PASC. Contrato de buena fé.

ANSEL. En que gana la nacion.

PASC. Ciento por ciento.

ANSEL. Es verdad.

Manejándolo con arte,

PASC. ¿pudiera yo tener parte?

ANSEL. ¿Cómo parte?... La mitad.

En ese caso tal vez  
nos convendrá una pequeña  
variacion.

PASC. Si usted se empeña

aumentaremos un diez,

ANSEL. Cuanto mas cueste...

PASC. Mejor

se podrá hacer.

ANSEL. Es muy llano.  
PASC. Pues...  
ANSEL. Toque usted esta mano.  
PASC. (Tomando la mano de don Anselmo).  
Su banquero y servidor.

## ESCENA XVII.

DICHOS.—EL VIZCONDE.

VIZCOND. Maldita caja: me pesa  
tanto, que me dan sudores.  
Y no he perdido. Señores,  
¿ha entrado aquí la duquesa?  
ANSEL. ¿Habló usted con ella?  
VIZCOND. Ya.  
ANSEL. ¿Es su trato amable?  
VIZCOND. Sí.  
Y, en confianza, por mi  
perdida de amor está.  
ANSEL. ¿Y usted?  
VIZCOND. La he jurado fé  
ardiente, pura, constante...  
PASC. ¿Y Juana?  
VIZCOND. Está usted delante,  
don Pascual; no lo noté.  
Pero tanto me interesa  
la duquesa, (su caudal)  
que no podré, don Pascual,  
vivir ya sin la duquesa.  
PASC. Pues si usted tanto se afana  
por la duquesa, vizconde,  
y ella no le corresponde,  
ni habrá duquesa ni Juana.  
VIZCOND. Habrá duquesa.  
PASC. Muy bien.  
Pero nuestro compromiso  
lo rompo con su permiso.  
VIZCOND. *Requiescat in pace.*  
PASC. Amen.

ESCENA XVIII.

DICHOS.—LA CONDESA.—JUANA.—ANDRADE.

CONDES. (Al entrar).

Andrade, le afirmo yo  
que está el vizconde de baja.

VIZCOND. (Saliendo al encuentro á la condesa).

¿Quiere usted tomar la caja?  
No pierdo la apuesta.

CONDES.

¿No?

VIZCOND. Lejos de mostrar desden,  
noble condesa, imagino  
que he estado fino, muy fino,  
muy espresivo.

CONDES.

¿Con quién?

VIZCOND. Con la duquesa.

CONDES.

No.

VIZCOND.

Acudo

á su tribunal.

CONDES.

Mal hecho,  
pues me ha dicho con despecho  
que estaba usted...

VIZCOND.

¿Qué?

CONDES.

Muy rudo.

VIZCOND. Es imposible.

CONDES.

¡Por Dios!

VIZCOND. Que usted la faltó sostiene.  
Lo veremos. Allí viene,  
y dirá...

## ESCENA XIX.

DICHOS.—ESPERANZA, con la máscara puesta, y la máscara que aparece idénticamente vestida por el foro, la una un momento despues de la otra.

CONDES. (Cogiendo al vizconde de la mano y colocándolo delante de las dos máscaras).

¿Cuál de las dos?

VIZCOND. No sé.

CONDES. Perdió usted la apuesta.

VIZCOND. Como son dos...

CONDES. Importuna obstinación.

VIZCOND. No.

CONDES. Por una

decídase usted.

VIZCOND. (Señalando á Esperanza que se descubre).

Por esta.

¡Ah!

ESPER. Repito, caballero, aunque con pena lo digo, que usted ha estado conmigo siempre rudo, y aun grosero.

VIZCOND. (A la Condesa):

Seguirán nuestras querellas; porque, señora, es constante...

ESPER. Que ha estado muy galante con una de mis doncellas.

(La máscara se descubre y aparece Blasa).

¿Aun tiene usted duda?

VIZCOND.

¡Blasa!

PASC. No desconozco su faz.

ESPER. La duquesa sin disfraz, ofrece á ustedes su casa.

(Don Anselmo se acerca á Esperanza: el vizconde hace lo mismo despues de haber vacilado; Andrade se retira).

Ya terminó mi papel  
de pobre: solo quería  
saber lo que yo valía  
sin títulos ni oropel.

ANDRAD. (Adios, Esperanza incierta,  
que cras iris de bonanza,  
¡Pura y hermosa esperanza,  
apenas nacida muerta!)

ESPER. ¿Por qué tanta turbacion?...  
Acabados mis secretos,  
voy á ofrecer mis respetos  
á las damas del salon.  
(Dá un paso).

VIZCOND. } El brazo.

ANSEL. }

ESPER. (Rechazándolos).

Inútil empresa.  
A cualquiera se le alcanza,  
que á quien dió el brazo á esperanza  
se lo pida la duquesa.  
(S: acerca á Andrade y le coje el brazo).

ANDRAD. Señora...

PASC.

Mé alegro

ESPER.

Sí.

No es mi corazon de cobre;  
gusto del que me ama pobre,  
y duquesa huye de mí.

(Se adelantan todos hasta la puerta del foro, y al ver al Conde  
retroceden).

ESCENA XX.

DICHOS.—EL CONDE.

- ANSEL. El conde.  
ESPER. Primo...  
CONDE. He tardado:  
pero un asunto muy serio  
me detuvo.
- ANSEL. ¿El ministerio  
se completó?  
CONDE. Hemos jurado.  
ANSEL. Voy corriendo...  
CONDE. Talavera;  
no hace usted ninguna falta.  
Una exigencia muy alta  
priva á usted de la cartera,  
ANSEL. ¿No soy ministro?  
CONDE. He luchado  
mucho, y al fin he cedido.  
ANSEL. Lo mismo me ha sucedido |  
siempre que me han presentado.  
Pero vendra el parlamento  
y mi tenante oratoria  
alcanzará la victoria.  
Adios, duquesa...
- ESPER. Un momento.  
La estraña conducta mia  
debo explicar, aunque sea  
brevemente, no se crea  
que ha sido una fantasía.  
Fuí muy niña á la razon  
de estado sacrificada;  
y eché de menos casada  
un hombre de corazon.  
Enviudé; mi rica herencia  
me hizo temer que maridos

encontraría rendidos  
á mi brillante apariencia.  
Y, para no apurar hiel  
segunda vez decidí  
arrojar lejos de mí  
todo brillante oropel.  
Cansada de desengaños  
llegué á Madrid, suerte mia,  
y he descubierto en un dia  
lo que no encontré en dos años.

(Señalando á Andrade).

Allí late el corazon  
que busqué, de pasion lleno;  
y tambien hay en mi seno  
pasion para su pasion.  
Para no perder ahora  
el corazon generoso  
que tanto busqué, mi espose  
(Cejando la mano de Andrade).  
presento á ustedes.

ANDRAD.

Señora...

ESPER.

No hay excusas para mí.  
Su delicadeza sé,  
pero usted me ofreció fé  
aquí mismo. ¿Es cierto?

ANDRAD.

Sí.

ESPER.

Cumpla usted con confianza  
una tímida promesa.  
pues no vale la duquesa  
nada menos que Esperanza.  
(Andrade besa la mano de Esperanza).  
Esa muda confesion

VIZCOND.

¿Seguiremos el ejemplo?

JUANA.

¡Jamás!

PASC.

Te sobra razon.

VIZCOND.

¡Qué desgracia, Talavera,  
tan grande! ¿Cómo se explica?...  
¡Ni la noble, ni la rica!

ANSEL. Yo he perdido mi cartera.  
ESPER. El desengaño es cruel,  
pero no encuentra el tesoro  
quien corre pisando el oro.  
tras un manto de oropel.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 16 de Octubre de 1833.

Examinada por el señor Censor de turno. puede representarse.

*Antonio Benavides.*